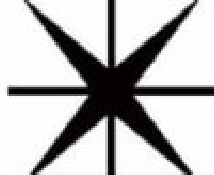


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

LOUIS G. MILK

SIMBAD EL ASTRONAUTA

SIMBAD EL ASTRONAUTA

Título Original: *Simbad el Astronauta*

Colección: ESPACIO. EL MUNDO FUTURO 453
UUID: ae571e86—f1b5—499a—b210—12108a81024b
Generado con: QualityEbook v0.79

CAPÍTULO I

La sala era grande, lujosamente decorada, de elevado techo, abierto en un gran cuadrado en su centro, a través del cual se veían las estrellas y dos de los nueve satélites de Cavedia.

Cuatro gigantescos pebeteros, sujetos por sendos brazos en los ángulos del salón, quemaban aromáticas sustancias que embalsamaban delicadamente el ambiente. Se oían risas, voces, reinaba una alegría general.

Había hermosas mujeres, elegantemente ataviadas. La vestimenta de los hombres era también elegante, aunque más severa. La gran mesa en U que llenaba casi todo el ámbito de los laterales, estaba rodeada de comensales que sólo esperaban al anfitrión.

—Espero con ansia la nueva historia que ha de contarnos hoy Simbad —dijo una dama de ojos oscuros y cabello de ala de cuervo.

—Una aventura de las suyas —aseguró un orondo caballero, que presumía de ser amigo del anfitrión.

—Hacía ya más de dos años que Simbad no nos daba un convite. Apuesto algo a que esta vez ha conseguido correr la mayor aventura de su historia.

—Traerá piedras preciosas por toneladas.

—Y una docena de esclavas jóvenes y bonitas.

—Y algún animal fiero, pero amansado por él, y desconocido aquí, en Cavedia.

El centro de la estancia estaba totalmente despejado de muebles, aunque su suelo estaba cubierto de pétalos de flores exóticas. Detrás del lugar que ocuparía el anfitrión, en un estrado situado a dos metros del suelo, había una especie de palco ocupado por dos docenas de músicos, que entretenían a los invitados con agradables piezas melódicas.

De repente, en el exterior, se oyó un sonoro trompeteo.

—Ya está ahí Simbad.

—Viene Simbad…

—¡Simbad, el astronauta!

Los músicos callaron. El silencio se hizo durante unos instantes en la sala.

Las trompetas sonaron de nuevo. De pronto, varios acróbatas entraron haciendo volatines. Eran hermosas jóvenes, ágiles y esbeltas, sucintamente vestidas.

Seis heraldos, ricamente vestidos, con una gran S dorada sobre el peto de su traje, sobre fondo rojo, entraron tocando una marcha triunfal y se situaron, tres a tres, a ambos lados de la puerta.

Apareció luego un enorme y extraño animal de ocho patas y dos cabezas, enorme casi como un caballo, y con una cola larguísima, terminada en un aguijón negro. Su piel era suave, sedosa, con rayas azul oscuro y naranja. Abrió las dos bocas y enseñó una doble batería de colmillos que infundían pavor.

La fiera iba sujeta por una gruesa cadena de oro, sostenida por una hermosísima mujer de piel absolutamente negra. Avanzó unos pasos y se detuvo a varios metros de la entrada.

Los trompeteros callaron. Las acróbatas suspendieron sus juegos.

Un hombre apareció en el umbral.

—¡Simbad, Simbad! —gritaron doscientas gargantas a un tiempo.

El recién llegado elevó ambas manos.

—Amigos, os saludo —dijo, sonriente.

—Bienvenido, bienvenido…

—¡Viva el gran Simbad! —fue el grito general que atronó la atmósfera.

El hombre a quien todos llamaban Simbad era joven. Contaba unos treinta y cinco años, era alto y apuesto, de pelo castaño y ojos de pupilas extrañamente claras. Vestía un sencillo traje de color azul claro, de una sola pieza, con el distintivo de la S dorada en rojo sobre el pecho, pero, en cambio, llevaba un largo y extraño manto que despedía miles de destellos brillantísimos y cuya cola sostenían dos hermosas jóvenes del mismo color de piel que la que se encargaba del tigre bicéfalo.

La última persona en entrar fue otra hermosa muchacha de piel como la tinta, portadora de una bandeja de oro, sobre la que se veía una especie de botella de vidrio ligeramente azulado. En realidad, la botella estaba tallada en un solo bloque de zafiro real, la especie de mayor pureza que podía encontrarse en toda la Galaxia.

Los gritos y aclamaciones sonaban por todas partes. Simbad se dirigió a su puesto, pasando por detrás de la mesa. Decenas de

manos de hombres y mujeres se tendían hacia él.

—¿Has tenido buen viaje?

—Formidable, preciosa.

—¿Resultó arriesgada la aventura?

—¿Qué aventura no tiene sus riesgos, honorable Lommer?

—Simbad, ¿dónde venden el tejido de tu manto?

—En Qart, pero no lo venden. Se lo robé a una hermosa mujer.

Sonaron risas.

—No finjas humildad, Simbad. Te lo regaló ella.

—Quizás tengas razón, pero ya no me acuerdo bien de cómo vino a mi poder.

—Esta tela no se conoce aquí, en Cavedia, Simbad.

—No es tela, sino tejido de diamantes dorados, bella Doralie.

Y así, cambiando frases amables y corteses sonrisas con sus invitados, Simbad ocupó su puesto en la cabecera.

Dio dos palmadas. Los heraldos lanzaron al aire un atronador trompeteo.

—¡Que empiece la fiesta!

Los sirvientes empezaron a circular con bandejas cargadas de viandas y botellas de vinos exóticos y perfumados. Detrás de Simbad estaban las muchachas de piel de betún, envidiadas en secreto por muchas de las bellas allí presentes, cuya piel, si bien era oscura, no se podía comparar ni de lejos con aquellas mujeres, traídas por Simbad desde algún remoto y desconocido planeta.

Las acróbatas ejecutaban toda suerte de volatines. Terminaron su número y entró una cuadrilla de danzarinas, sumariamente ataviadas con sutiles velos de gasa, que empezaron inmediatamente a interpretar una danza, siguiendo el ritmo de la música que procedía del palco.

La risa y el jolgorio eran generales. Simbad presidía el festín con aire benevolente. Decenas de las damas allí presentes, casadas o no, le dirigían incendiarias miradas.

Era lógico. Simbad era joven, apuesto, soltero… y fabulosamente rico. Se rumoreaba que ni él mismo conocía con exactitud el montón total de su fortuna.

—Cuando el dinero de uno pasa del millar de millones de talentos, es imposible saber cuál es la suma exacta total —decía Simbad.

Comía parcamente y bebía con moderación. De pronto, uno de los comensales se puso en pie, con una valiosa copa de oro en la mano, y gritó:

—¡Un brindis por nuestro anfitrión, el gran Simbad!

La propuesta fue aceptada sin vacilar.

—Y ahora —gritó otro—, que nos diga qué botín ha conseguido en su última aventura.

Simbad sonrió ligeramente.

—He traído un obsequio para cada uno de los presentes —dijo.

Muchos se frotaban ya las manos pensando en la calidad del obsequio. En el último banquete, celebrado dos años antes, Simbad había repartido sendas bolsitas conteniendo cada una cinco monedas de mil talentos.

—¿Cómo era el planeta donde has estado, Simbad? —le preguntó una de las invitadas.

—Vasto, misterioso, hermoso, exótico, con riquezas naturales como jamás he visto en ningún otro mundo de nuestra Galaxia.

Simbad se quedó pensativo un instante. El ruido decreció un tanto.

—Voy a entregaros el obsequio —anunció de pronto.

Hizo una señal con la mano. La joven que tenía la bandeja con la botella, colocó ambas cosas sobre la mesa, delante de Simbad.

El anfitrión quitó el tapón y dijo:

—Naskrouk, obsequia a mis invitados. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Una voz profunda salió del interior de la botella:

—Sí, mi amo.

Se oyó un lejano trueno. De repente, una delgada columna empezó a brotar por el cuello de la botella.

Los invitados contemplaban la escena, sumidos en un encantado silencio. El chorro de humo ascendió con relativa lentitud, pero, de pronto, se disparó con increíble velocidad en sentido horizontal, dividiéndose en menudas ramas que rodearon en una fracción de segundo a cada uno de los invitados.

Esto duró cosa de unos segundos. Luego, el humo volvió a la botella a la misma velocidad con que se había metido.

—Tus huéspedes han sido obsequiados —anunció el misterioso ser que vivía en la botella.

—Gracias, Nastrouk —contestó Simbad, a la vez que colocaba el tapón en la botella.

—¿Habéis mirado delante de vuestros platos? —preguntó, con la sonrisa en los labios.

La mujer que tenía al lado bajó la vista. Había una bolsita de finísima piel, con el escudo de Simbad.

Abrió la bolsa y desparramó su contenido sobre la mesa. Un grito de sorpresa se escapó de sus labios.

—¡Diamantes dorados! —exclamó.

En Cavedia no se encontraban. Cada diamante valía, al menos, un millar de talentos… y había dos docenas en cada bolsa.

Sonaron aplausos, gritos de agradecimiento, vítores en honor del desprendido anfitrión. Todos reían, charlaban, alborotaban… la fiesta estaba en su apogeo.

Había una persona, sin embargo, que apenas reía, aunque no por ello se mostraba descortés o fría con sus vecinos. Pero su actitud era menos expansiva que la del resto de los invitados.

Simbad no tardó en fijarse en ella. Era una hermosa mujer de ojos negrísimos y cabello azulado, vestida con sobria elegancia, aunque el peto de oro que llevaba como adorno debía de valer una fortuna. Simbad se fijó también que era la única que parecía no haber hecho aprecio de la bolsita llena de diamantes dorados.

Otra cosa le extrañó. Su secretario le había hecho la relación de invitados, relación aprobada luego por él. Había ministros, comerciantes, industriales, artistas… todos de elevado rango, por supuesto, y a todos conocía Simbad, pues de un modo u otro, estaba relacionado con ellos.

Pero no tenía la menor idea que quién pudiera ser la mujer del peto de oro.

Ella le miraba intensamente. Simbad era hombre avezado a toda clase de situaciones, pero empezó a sentirse incómodo.

Sintió vivos deseos de conversar con ella y conocer su identidad. Pero iba contra las normas de etiqueta levantarse antes de que se hubiera servido el último plato.

De repente, un hombre apareció en la puerta.

—¡Simbad! —gritó, con poderosa voz.

La música calló. Las bailarinas suspendieron sus danzas.

El hombre avanzó lentamente por el centro de la estancia. Era

de regular estatura, fornido, de pelo corto, rojizo y mirada dura y penetrante.

—¿Quién eres? —preguntó Simbad—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Eso no importa ahora. Nada importa ahora… —contestó el desconocido.

—Estás loco. Ordenaré a mis criados que te arrojen…

—Ya es tarde, Simbad —dijo el desconocido.

Y, de repente, sacó del interior de su blusa una pistola y abrió el fuego a tres metros del anfitrión.

La primera bala arrojó a Simbad hacia atrás. Dos proyectiles más le alcanzaron en el pecho, mientras caía. El último le atravesó la espalda, ya derrumbado de bruces en el suelo.

Se oyeron chillidos de terror.

Los invitados se hallaban terriblemente acobardados. Era la primera vez que presenciaban una escena semejante.

Y era la primera vez, también, que veían un arma que pertenecía a un pasado prehistórico. Nadie sabía cómo el asesino había podido usar una pistola de combustión química.

De repente, se produjo la estampida. Bailarinas, criados, invitados, músicos… todos echaron a correr, atropellando cuanto se les ponía por delante. Incluso las esclavas de piel negra huyeron despavoridas. El tigre bicéfalo escapó también y, suelto, se desataron sus instintos naturales y empezó a causar víctimas, hasta que unos policías lo redujeron a humo con sus pistolas desintegrantes.

Sólo una persona quedó en la sala: la muchacha de los ojos negros y el pelo de color azul oscuro.

Un charco de sangre se ensanchaba en el suelo, bajo el cadáver del anfitrión. Momentos antes era un hombre rebosante de vitalidad; ahora no era sino un montón de carne inanimada.

CAPÍTULO II

Abrió los ojos, sintiéndose venir de muy lejos. Sentía vagos dolores en el cuerpo y la cabeza le daba vueltas, pero, poco a poco, empezó a sentirse mejor.

La habitación en que se hallaba estaba sumida en una ligera penumbra. Al fondo divisó a una esbelta mujer manipulando en algo que no podía divisar bien desde su lecho.

Ella se le acercó sosteniendo aquel objeto en las manos. Simbad sintió un pinchazo en el antebrazo izquierdo y pronto notó una especie de fuego líquido que circulaba sobre sus venas.

No tardó en encontrarse mucho mejor. Entonces reconoció a la joven.

Era la hermosa desconocida que había asistido a su banquete. Ahora, ella vestía con sencillez y no llevaba joyas de ninguna clase sobre sí. Le miró y sonrió.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

Simbad tardó algunos momentos en contestar. Trataba de hacer memoria. Aquel desconocido que había disparado contra él en la fiesta…

—Asombrado de estar vivo —dijo.

—Es lógico. Todo el mundo le cree muerto.

—Pero… ¿quién me ha curado? —Simbad paseó la vista a su alrededor—. Esta no es mi casa —exclamó.

—No, es la mía.

Simbad se sentó en la cama.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Mi nombre le dirá poco, pero no lo callaré por más tiempo. Me llamo Halyna Kutter.

—Nunca la he visto…

—Es lógico. Tampoco yo le conocía a usted personalmente, hasta que asistí a su fiesta.

—En la lista de invitados no figuraba ninguna Halyna Kutter.

—Un amigo mío me cedió su invitación —dijo ella.

—Ese hombre ya no es amigo mío —gruñó Simbad.

—Cuando se entere de los motivos, continuará manteniendo la amistad con él.

—Está bien, está bien, pero, ¿qué diablos hago yo aquí? ¿Por qué me ha traído a su casa?

—Para evitar que nadie sepa que está vivo. Todo el mundo le cree muerto. —Halyna sonrió—. Tendría que haber leído los diarios televisados y escuchado la infinidad de artículos necrológicos en honor de Simbad, el astronauta. Daban ganas de llorar, créame.

—Será mejor que se deje de sarcasmos y hable claro de una vez. ¿Qué hago yo en su casa?

—Reponerse y convalecer, claro. ¿No sabe que estuvo a las puertas de la muerte?

Simbad se pasó una mano por la cara.

—Estoy muerto —dijo—. Esto que me sucede son cosas que a uno le pasan en la otra vida…

Halyna se echó a reír. Llenó una copa del vino contenido en una botella y se la entregó.

—Beba —invitó—. Esto, le convencerá de que está vivo y bien vivo.

Simbad probó el vino. Chasqueó la lengua.

—Está bueno —elogió.

—Es un buen vino —Halyna se sentó indolentemente a los pies de la cama—. Todavía no le he dado las gracias por el obsequio de los diamantes dorados.

—Bah, no tiene importancia —contestó él—. Pero, ¿por qué no habla claro de una vez? Empiezo a sospechar que el supuesto asesino no hizo sino desempeñar una comedia.

—Así es, Simbad. Las balas le hirieron realmente y la sangre se derramó, pero los proyectiles se disolvieron casi instantáneamente, a medio centímetro de la epidermis. Contenían una sustancia que dejó en suspensión sus funciones vitales. Naturalmente, se le consideró muerto… y se le enterró con todos los honores.

—Menos mal que no enviaron mi cadáver al incinerador —gruñó él—. ¿Cuándo me desenterró usted?

—Hace un mes.

Simbad respingó.

—¡Un mes! ¿Y me ha tenido usted treinta días… aquí, en esta maldita cama…?

Halyna meneó la cabeza.

—Era preciso —contestó—. Tenía que dejar algún tiempo, para

que la gente se olvidase de usted.

—Jamás me olvidarán…

—No sea vanidoso. A usted le recordaban porque los diarios y noticiarios hablaban de sus hazañas casi a cada momento. Una vez que ha dejado de armar ruido y de repartir presentes, nadie se acuerda ya de usted. Otro ídolo está surgiendo y… Pero no hablemos de eso, Simbad.

—De acuerdo. Hablemos en serio de una vez. ¿Por qué simuló mi asesinato?

—Porque le necesito. Porque usted es el único hombre que puede llevar a cabo una arriesgada operación, de la cual depende tal vez no sólo la suerte de Cavedia, sino la de todo este sector galáctico.

—No me diga —se burló él—. Si estuviéramos en la Tierra, el planeta madre, diría que va a hablarme de la amenaza marciana.

—Conozco las viejas leyendas terrestres —dijo Halyna sin inmutarse—. Pero en este caso, no se trata de la amenaza de Marte, sino de algo más concreto y real… y muchísimo más terrible. Se trata de la amenaza de Ir’ktar. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de ese misterioso mundo?

Simbad asintió en silencio, mudo de asombro. Luego, dijo:

—Sí, he oído hablar de Ir’ktar, pero, por todos los diablos, no me diga que he de ir allí, porque no lo haré, ni aunque me lleven a rastras.

* * *

Después de un corto intervalo, Halyna volvió a hablar:

—Irá, Simbad, irá —afirmó rotundamente.

—Está loca…

—No sea grosero —le reprochó ella.

—Bueno, llámelo como quiera. Estuve una vez en Ir’ktar y aunque hice allí uno de los mejores negocios de mi vida, no volvería ni aunque me pagasen mil talentos por un kilo de tierra de la calle.

—¿Tan mal le fue?

—No, en el sentido comercial. Pero es un planeta que no me gusta. Allí no sabe uno quién es su interlocutor, ni qué hará al

segundo siguiente, ni qué forma tomará, ni… Bueno, pero, ¿qué es lo que pasa con Ir'ktar?

—Sus habitantes se llaman Ir'knos, como usted sabe.

—Sí, claro. Bueno, habitantes… pero, ¿dónde habitan? No tienen casas como nosotros, muchas de nuestras necesidades les son absolutamente desconocidas…

—Dejemos eso a un lado. Hablemos mejor de los Ir'knos. Hablemos de su amenaza. Hablemos de los que ya están invadiendo Cavedia.

Simbad miró a la joven.

—¿Los Ir'knos invaden Cavedia? —exclamó.

—Sí.

—Bueno, hay un gobierno…

—Y yo soy su representante —afirmó Halyna.

—Vaya, quién lo diría. ¿A qué departamento representa usted?

—A todos, en general. Me ha sido encomendada la misión de persuadirle a usted para que vaya a Ir'ktar.

—¿Y si no quiero ir?

Halyna sonrió.

—Simbad ha muerto. No tiene herederos. Su colosal fortuna, pasaría, según la ley, a poder del gobierno. Se le ofrece la opción de recobrar de nuevo su estado civil y su fortuna… cuando vuelva de Ir'ktar. El gobierno olvidará también otra cosa.

—¿Cuál?

—Que no se llama Simbad, sino Tomás Smith. Lo de Simbad se le ocurrió en su primer viaje, recordando una vieja leyenda terrestre.

—¿Y qué? No hago mal a nadie con mi seudónimo…

—Pero sólo muy pocos conocen su verdadero nombre. La gente se reiría si se divulgase.

—Eso me importa un rábano —gruñó Simbad.

—Entonces, ¿no quiere ir?

—No.

Halyna suspiró.

—¡Lástima! Tendré que ir yo sola.

—¿Usted? —respingó Simbad.

—Sí. Es necesario que vaya a Ir'ktar. Los Ir'knos están aquí.

—Bueno, se les localiza, se les combate y…

—¿Cree usted que es tan fácil? ¿Acaso ya no se acuerda de su constitución polimórfica?

Simbad masculló una gruesa interjección.

—Es verdad —dijo—. Pero ¿qué haremos allí? ¿Convencerles de que nos dejen en paz?

—No. Sería inútil. Pero le diré una cosa interesante.

—Hable.

—Usted sabe que un Ir'kno puede cambiar de forma a voluntad e instantáneamente, adoptando cualquiera, la que más pueda convenirle en ese momento dado, desde una casa de regulares dimensiones, a un pedrusco, o una planta o una flor… y no digamos de las personas.

—Sí, lo sé.

—Pero también son seres mortales. Y mueren, aunque no sea fácil matar a un Ir'kno. Nuestro servicio de Información tuvo la suerte de matar a un Ir'kno… si suerte se puede llamar al hecho de quitar la vida a un ser humano.

—No me insulte. Un Ir'kno no es un ser humano.

—Piensa y razona y tiene inteligencia, luego es humano, aunque no posea, normalmente, nuestra configuración anatómica. Pero no discutamos este tema. Hablábamos del Ir'kno muerto.

—Sí, continúe.

—Pues bien, después de ser herido mortalmente, aún vivió algunos minutos. Deliraba, sin embargo, por eso nos enteramos de su secreto tan celosamente guardado hasta ahora por todos los Ir'knos.

—Y… ¿cuál es ese secreto?

—Hasta ahora, todos sabemos que los Ir'knos son polimórficos. Pueden cambiar de forma a voluntad e instantáneamente, pero hay algo que podría quitarles esa propiedad. Si pudiéramos suprimir su polimorfismo, su amenaza quedaría descartada en el acto, porque entonces tendrían que mostrarse tal cual son. No habría miedo, en suma, de que adoptasen ya otra forma que en la suya…

—La cual, por cierto, nadie ha sabido todavía con certeza cuál es.

—En efecto, pero ese polimorfismo es propiedad común e individual al mismo tiempo.

—Como no se explique un poco mejor…

—Se lo diré. Un Ir’kno puede cambiarse de forma a voluntad, porque posee, al menos así lo creemos nosotros, una especie de tensión energética interna que le permite esos cambios. No es cierto; la energía que le permite la adopción de otras formas no procede de sí, sino de una fuente común a todos. Cegando la fuente, se habrá suprimido la facultad de polimorfismo para todos los Ir’knos sean cuantos fueren y cualesquiera que sea el lugar de la Galaxia donde se encuentren.

Simbad se quedó boquiabierto.

—¡Rayos! ¿Es cierto eso? —exclamó.

—Nos lo dijo el Ir'kno moribundo. Pero no dio más detalles. Sólo sabemos que la central de energía polimórfica está en Ir’ktar. Tenemos que ir allí encontrarla y destruirla.

—¡Pero a mí me conocen! Si de algo pueden presumir los Ir’knos polimorfismo aparte, es de memoria.

Halyna sonrió. Poniéndose en pie, se dirigió hacia la mesa que había al fondo y cogió un espejo, que entregó al convaleciente instantes después.

—Mírese, por favor.

Simbad lanzó un gruñido de enojo.

—Mi pelo… ahora es negro… Y tengo bigote, cosa que nunca me gustó…

—Y sus facciones también son un poco distintas. Lo hemos hecho mientras dormía durante un mes.

Simbad dejó el espejo a un lado con gesto de disgusto.

—Está bien, veo que no tengo otro remedio que ir. ¿Qué ganaré con todo esto?

—El monopolio del comercio con Ir’ktar cuando haya cumplido con éxito su misión, aparte de recobrar su primitivo aspecto —contestó Halyna.

—Y usted va a venir conmigo.

—Sí.

—La cosa no va a resultar fácil.

—Lo sé.

—Puede que no volvamos. Si los Ir’knos nos descubren, no tendrán compasión de nosotros.

Halyna vaciló un instante.

Luego dijo:

—Sea como sea, es preciso ir y encontrar esa central de energía polimórfica, porque, de lo contrario, corremos peligro de convertimos en simples servidores de los Ir’knos.

CAPÍTULO III

Simbad se contempló al espejo e hizo una mueca.

Su aspecto había cambiado totalmente al menos en lo referente a la cara. Pero no había perdido anchura de hombros ni fortaleza física.

Realizó unas cuantas flexiones. Perfecto. Sus músculos respondían con toda facilidad. No obstante, la lucha contra los Ir'knos sería algo más que una pelea física.

La mente sería su arma principal, aunque no habría que descartar otras auxiliares. Se preguntó si todo lo que le había contado Halyna no sería un hábil embuste para ponerle al lado del gobierno de Cavedia.

Él era, convenía no olvidarlo, ciudadano terrestre que, por conveniencias, se había afincado en Cavedia. Su valor, su inteligencia y su astucia, le habían hecho triunfar en el comercio interestelar, convirtiéndole en dueño de una fortuna colosal, la mayor en cientos de años—luz a la redonda.

Si triunfaba, se le concedería el monopolio del comercio con Ir'ktar. Esto no le seducía demasiado. Ya tenía bastante con sus negocios y en cuanto se pasaba de una cifra determinada de millones, uno o diez más o menos importaban muy poco.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Un hombre entró, portador de dos pesadas maletas, que dejó junto a la entrada.

—Halyna me ha dicho que le traiga el equipaje que pidió —manifestó el individuo.

—Muchas gracias. Querría darle algo… pero estoy sin blanca por el momento —dijo Simbad sonriendo.

—Oh, no tiene importancia. Gracias de todas formas, señor.

Súbitamente, Simbad creyó reconocer al individuo.

—Oiga —llamó, cuando el otro ya se disponía a salir.

—Dígame, señor.

—Juraría que su cara la tengo yo vista antes de ahora. Si no me equivoco, hace poco más de un mes, usted me acribilló a balazos.

El hombre sonrió.

—Tuve ese honor —contestó—. Espero que sepa dispensarme por haber cumplido las órdenes de Halyna.

—Desde luego. ¿Trabaja usted para ella?

—Sí, señor. Caso de que necesite algo de mí, estoy en la habitación contigua. Halyna ha tenido que salir y…

—Todavía no conozco su nombre —manifestó Simbad.

—Banner, señor.

—Muchas gracias, Banner, eso es todo.

El hombre salió. Simbad cogió una de las maletas y examinó su contenido minuciosamente.

Luego examinó la otra. Al terminar, se sentía profundamente preocupado.

Extrajo de una de las maletas un aparato semejante a un pequeño telescopio, con un aditamento en la parte inferior que parecía la caja de mando, con algunos instrumentos de medición. Probó el aparato y volvió a fruncir el ceño.

De pronto, alzó la voz:

—¡Banner!

El ayudante entró instantes después.

—Por favor, tengo ganas de beber un poco de vino —pidió Simbad, sin dejar de mirar a través del telescopio.

—Sí, señor al momento.

Banner vino minutos después con una botella y una copa, que dejó sobre la mesa.

—Dígale a Halyna que quiero verla apenas llegue —manifestó Simbad.

—Sí, señor.

—Y, otra cosa, tráigame papel y lápiz. Quiero escribir unas cuantas cartas.

—Sí, señor.

* * *

Halyna tocó con los nudillos en la puerta y la abrió apenas el ocupante de la habitación dio su permiso.

—Me han dicho que quería verme —dijo después de entrar.

—Sí, desde luego.

Halyna se extrañó de la postura de Simbad.

Estaba sentado en la cama, con las manos a la espalda. ¿Qué hacía?

—Bien, ¿qué es lo que quiere? —preguntó, un tanto impaciente.

Por toda respuesta, Simbad sacó una mano y enseñó una hoja de papel escrita en la que se leía:

> *No se asombre ni haga preguntas. Tiene que salir inmediatamente a una buena tienda de óptica y comprar un objetivo de cuarzo corregido SZ—02 para un telescopio tipo AN—III—6. Llévese esta nota para hacer el pedido.*
>
> *¡Urgente!*

Halyna se quedó pasmada. Siguió el consejo de Simbad: no hizo preguntas. Pero el ansia de saber sé advertía claramente en la expresión de su mirada. Entonces, Simbad sacó de detrás la segunda hoja de papel y ella leyó:

> *Sospecho que Banner es un Ir'kno.*

La joven se estremeció. Simbad le entregó la primera hoja y ella la guardó en el escote.

—Gracias —sonrió Simbad.

Halyna hizo un movimiento de párpados para dar a entender que había comprendido sus intenciones.

—Volveré lo antes que pueda —bisbiseó.

Simbad hizo una pelota con el segundo papel, se lo metió en la boca, lo masticó irnos momentos y luego se lo tragó. Después se echó al coleto un buen vaso de vino.

—Bueno, ahora no sabe tan mal —comentó.

Se había tragado el papel porque con los Ir'knos no se podía ser descuidado. Tenía motivos para conocerlos bastante bien.

Halyna volvió dos horas más tarde. Simbad estaba tendido en la cama, adormilado, pero se despabiló inmediatamente apenas la oyó entrar en la habitación.

Le entregó un paquete. Simbad, a su vez, le dio una jeringuilla para inyecciones, desprovista de su aguja.

Acto seguido, le dio a leer la tercera cuartilla:

Cuando yo acuse a Banner de que es un Ir'kno caso de que realmente lo sea, usted estará situada a su lado, tras él si puede, mucho mejor. Entonces láncele a la cabeza el contenido de la jeringuilla.

Halyna hizo un pestañeo de asentimiento. Inmediatamente, Simbad desenvolvió el paquete y empezó a trabajar.

Minutos más tarde, había realizado el cambio de objetives. Miró a través del telescopio y sonrió complacidamente.

—Llámele —dijo con laconismo.

Halyna se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Banner…

—Dígame, señora…

—Entre, por favor. Simbad quiere decirle algo.

—Sí, señora.

El hombre penetró en la estancia. Simbad habló, sin dejar de mirar a través del telescopio.

—Banner, ¿de dónde es usted? —preguntó.

El hombre pareció asombrarse.

—De Cavedia, señor —contestó.

—¿Seguro? Oiga, dígame, ¿qué ha hecho usted del auténtico Banner?

—No entiendo, señor.

—¿Hizo desaparecer su cadáver?

Banner se puso rígido.

—Señora —se dirigió a Halyna—, me están insultando…

—Conteste a Simbad, Banner —ordenó ella.

—Sí, contésteme. ¿O prefiere callar…, porque es un Ir'kno?

Las manos de Banner se abrieron y cerraron convulsivamente. Entonces Halyna le lanzó a la cabeza el contenido de la jeringuilla.

Ocurrió algo horrible.

Banner perdió su figura humana y se convirtió en un horrible ser sin forma, que se retorcía espantosamente en el suelo, como una llama de color verde—amarillento, que despedía un hedor mareante. Luego, aquella cosa se inmovilizó y quedó convertido en una especie de glóbulo aplastado, del que se desprendían unos ligeros vapores que, no obstante, se disiparon a los pocos momentos.

—Era un Ir'kno —dijo Simbad, mirando fijamente a la joven.

* * *

Halyna parecía a punto de desmayarse. Simbad se dirigió hacia la ventana y la abrió de par en par para que se ventilase la habitación.

Luego llenó una copa de vino y se la ofreció.

—Beba, le está haciendo falta.

Ella tomó unos sorbos de vino.

—¿Cómo lo supo usted? —preguntó.

—Se me hace formar parte de una misión donde nos vamos a jugar la vida a cada momento. Por tanto, tengo la obligación de ser suspicaz.

—¿Y bien?

—Yo le pedí a usted que me trajeran algunos aparatos de mi casa, aparte de algo de ropa. Envió a Banner, ¿verdad?

—Claro. Era mi ayudante, el hombre que simuló su asesinato…

—Bueno, entre los objetos que pedí figuraba un telescopio con objetivo normal. Pero lo cambié por uno de cuarzo corregido porque tiene la virtud de dar unas imágenes infinitamente más nítidas que el mejor vidrio, por puro que sea… y, además, descubre a los Ir'knos, cualquiera que sea la forma que hayan adoptado.

—¿Por qué? —preguntó Halyna.

—Porque «desdobla» la imagen de un Ir'kno, cualquiera que sea la forma que emplee en el momento de la observación. Yo lo averigüé casualmente cuando estuve en Ir'ktar. Un Ir'kno mirado a través de un telescopio con objetivo de cuarzo corregido, parece tener dobles contornos. Lo que no ocurre, naturalmente, con una persona normal.

—Bueno, pero usted vería en él algo que le hizo sospechar.

—Sí. Observé un ligerísimo temblor en sus manos la primera vez que nos vimos. Fue cosa de unos segundos y se le pasó en seguida. Ello me dio la idea de comprobar mis sospechas.

—¿Qué significa ese temblor?

—Primero, la tensión interna a que estaba sometido para mantener la forma externa de Banner. Segundo, era un ser humano, a fin de cuentas, y estaba ligeramente azorado… en resumen, sentía cierto complejo de culpabilidad. ¿Le descubrirla? ¿No le descubriría? Estos sentimientos relajaron levemente su tensión

interna, hasta que vio que yo le tomaba por Banner. Entonces, cesó el temblor. El resto lo sabe usted, Halyna.

—Todo, no. ¿Qué líquido le he arrojado?

—Alcohol puro, del que usted empleaba para desinfectarme la piel del brazo cuando me propinaba las inyecciones reconstituyentes. Para un Ir'kno normal, el alcohol puro es lo mismo que para un humano el sulfúrico concentrado.

—Ahora comprendo —dijo ella—. Banner no bebía vino últimamente…

—¿Lo ve? —sonrió Simbad.

—Entonces, con dar un vaso de vino a todo sospechoso de ser un Ir'kno…

—Tendríamos que hacerlo con toda la población del planeta y eso es materialmente imposible. Además, puede que haya incluso Ir'knos capaces de tomar unas cuantas copas de vino. ¡Saben tanto!

Halyna meneó la cabeza.

—Pobre Banner. Era un hombre fiel y leal. ¿Qué habrá sido de su cuerpo?

—Más vale no pensarlo —dijo Simbad.

Ella se estremeció.

—Sí —murmuró—. Pero usted ¿no ha sospechado de mí?

Simbad emitió una larga sonrisa.

—Es humana —dijo, palmeando el telescopio que tenía junto a sí.

—Tipo astuto —elogió Halyna—. ¿Qué hacemos con… «eso»? —señaló el glóbulo que yacía en el suelo.

—Yo me encargaré de hacerlo desaparecer —dijo Simbad—. ¿Está todo listo para zarpar?

Halyna hizo un gesto afirmativo.

—Cuando quiera —dijo.

—Entonces, mañana —decidió Simbad—. Y nuestra primera parada será en Anknor IV.

—¿Para qué? —se extrañó la joven.

—Tengo que comprar allí unas cosas que no se encuentran en Cavedia. Al menos, de la calidad que yo quiero y estimo son necesarias para la campaña contra Ir'ktar —contestó Simbad.

CAPÍTULO IV

Dos semanas más tarde, desembarcaban en el astropuerto de Anknor IV.

Cumplidos los trámites de aduana, Simbad alquiló un monorrueda, en el que se dirigieron a la capital. Halyna torció el gesto cuando vio que Simbad tomaba dos habitaciones en un hotel de segunda categoría.

—Está portándose como si tuviera que pagar usted los gastos de la expedición —dijo.

Simbad sonrió.

—Un hotel de esta clase es ideal para pasar desapercibido. No olvide que los periodistas andan por los hoteles de lujo a la busca de personalidades. Alguien podría preguntar quién era esa belleza recién llegada y…

Halyna se ruborizó.

—Está usted en todo —comentó.

—Aprecio mucho a mi pellejo —respondió Simbad escuetamente —. La veré a la noche, en el comedor.

—¿Adónde va usted? Ni siquiera sube a su habitación a cambiarse…

—Tiempo quedará. ¡Adiós!

Y antes de que ella, asombrada, pudiera detenerle, Simbad se dirigió hacia la puerta y desapareció de su vista en contados instantes.

Suspiró. Debía respetar las acciones de Simbad, porque era el único medio de alcanzar el triunfo.

Mientras Simbad, en su monorrueda, atravesaba la capital de Anknor IV.

Era una ciudad grande, de edificios de línea pesada y carente de gracia, prácticamente unos bloques de piedra grisácea, sin el menor relieve arquitectónico. Su altura era relativamente baja, de modo que la capital semejaba un conjunto de gigantescos dados alineados en un orden regular.

Por fortuna, los indicativos de las calles eran fácilmente legibles. Como buen comerciante, Simbad era políglota y conocía una veintena de las lenguas principales habladas en la Galaxia.

Media hora después, detuvo el monorrueda ante una casa, de cuyas puertas ostentaba un rótulo altamente significativo: *TABERNA DE M'NISSUSS*.

Se apeó del vehículo y cruzó la acera.

Empujó la puerta. Al tiempo que lo hacía, se colocó en el ojo izquierdo un disco hecho en apariencia de vidrio, a guisa de monóculo.

Simbad vestía enteramente de negro. Con el pelo también negro, el bigotito y el monóculo parecía un sujeto relamido y presuntuoso.

La taberna de M'Nissuss estaba rebosante de público. Anknor IV era un planeta sumamente activo y había gentes de todas las nacionalidades galácticas.

Abundaban las mujeres hermosas. Algunas le pidieron que las invitase.

Simbad sorteó los «escollos». Paseó la vista por la abigarrada concurrencia. Sólo pudo ver a un Ir'kno, pero bebía un refresco sin alcohol.

Llegó al mostrador. Una pechugona camarera le preguntó por sus referencias en materia de bebida.

—Vino. Y llama a M'Nissuss —dijo, poniendo sobre la mesa una centésima de talento.

La moneda desapareció en el acto en el vasto escote de la camarera. Trajo el vino y se marchó después de anunciar que M'Nissuss estaba ya avisado.

El dueño de la taberna acudió poco después.

—¿En qué puedo servirle, caballero?

Simbad sonrió.

—Me llamo Tomás Smith —dijo—. Quiero hablar contigo, M'Nissuss.

—¿De qué? —preguntó el tabernero recelosamente.

—Cierta vez, unos vándalos de Syrynan XII quisieron destrozarte la taberna. Hubo alguien que lo evitó, ¿no lo recuerdas?

Los ojos de M'Nissuss se desorbitaron. Simbad se puso el dedo sobre los labios.

—Soy Tomás Smith —repitió.

—Claro…, señor Smith —contestó el tabernero—. ¿Quiere venir a mi despacho?

M'Nissuss abandonó el mostrador. Era un hombre

increíblemente bajito, que usaba unos singulares zancos de unos cincuenta centímetros de largo, a fin de aumentar su estatura. Aun así, no pasaba del metro veinte.

El tabernero le condujo a una habitación reservada. Cerró la puerta y luego miró a su huésped con asombro.

—Simbad, por todos los dioses de Anknor IV, ¿qué diablos haces con esa pinta?

—He venido a que me pagues el favor que me debes. Nunca te lo quise cobrar, pero ahora te necesito.

—Lo que me pidas —contestó M'Nissuss sencillamente—. ¿Quieres beber?

—Estar en tu taberna y no probar tu vino, es como no haber estado en Anknor IV.

M'Nissuss sonrió complacido. Llenó dos copas y entregó una a su visitante.

—Habla, Simbad —indicó.

—Voy a Ir'ktar. Pero no como comerciante, sino como agente secreto.

M'Nissuss le miró especulativamente.

—Simbad, tú tienes demasiado dinero para meterte en estos jaleos. ¿Por qué diablos lo haces?

—Por una mujer…

—Las mujeres nunca te han hecho perder la cabeza.

—Alguna vez tenía que ser, M'Nissuss.

—Como quieras. —El tabernero se encogió de hombros—. ¿Qué tripa se te ha roto en Ir'ktar?

—Asuntos de estado —contestó Simbad evasivamente—. Pero quiero que me hagas una cosa.

—Si está en mis manos…

—Desde luego. ¿Conoces a Ler Dimo?

M'Nissuss parpadeó.

—¿El astronauta?

—Sí. El mismo. Ler Dimo es la única persona no nacida en Ir'ktar que puede entrar y salir en ese planeta sin hallarse sujeta a ningún trámite.

—Lo sé, pero…

—Pero, ¿qué, M'Nissuss?

—No sé si Dimo accederá…

—Tú dile que vaya a verme al *Hotel Mritter*. Tengo la habitación ochenta. Eso es todo.
—¿He de darle tu nombre verdadero?
Simbad se echó a reír.
—Mi nombre verdadero es Tomás Smith —dijo.
—Vaya noticia —comentó el tabernero—. Haré todo lo que pueda, pero no te garantizo nada…
Simbad sonrió ladinamente.
—Vamos, vamos, M.Nissuss, no seas modesto. Todos sabemos la «sociedad» que habéis constituido entre tú y Dimo, aunque eso no se diga en voz alta. Recuerda, *Hotel Mritter*, habitación ochenta.
—Está bien, le diré que vaya. Pero no puedo influir en sus respuestas.
—De eso me encargaré yo —contestó Simbad tranquilamente.

* * *

Simbad regresó al hotel. Faltaban todavía algunos minutos para la cena y decidió subir a su habitación para cambiarse de ropa.
Abrió la puerta y se detuvo apenas había dado un paso.
—Hola —dijo la mujer que estaba sentada en un sillón, esperándole.
Simbad la estudió durante unos segundos.
—¿Quién es usted? —preguntó.
Ella se puso en pie sin prisas, como si deseara hacer ostentación de su hermoso cuerpo, largo, flexible, de contornos escultóricos. Llevaba el pelo rubio muy corto y sus ojos azules le miraban con singular interés.
—Me llamo Zoina Gal—se presentó—. ¿Por qué no cierra la puerta, señor Smith?
—No soy partidario de aventuras…
Zoina sonrió.
—No sea suspicaz, Tomás. Cierre, por favor.
Simbad obedeció. De pronto se acordó de una cosa.
El monóculo volvió a la órbita de su ojo izquierdo. No, Zoina no era un Ir’kno.
—Lamento no tener a mano vino para invitarla, señora…
—Zoina, simplemente, por favor —rogó ella, con voz persuasiva

—. Y no se preocupe de la invitación. Hablemos ahora de su viaje a Ir'kno, ¿quiere?

—¿Quién le ha dicho que yo voy a Ir'kno?

Ella hizo un gesto con la mano, larga, de dedos finos, rematada en unas uñas pintadas de plata.

—No pretenda saber más de lo que debe saber —conteste—. Necesito ir a Ir'kno, eso es todo.

—Lo siento, se ha equivocado de habitación.

Los hermosos ojos de Zoina despidieron chispas.

—Si no quiere llevarme, dígalo claramente, pero no me mienta —exclamó.

—Está bien, no quiero llevarla a Ir'kno. ¿Le gusta ahora mi respuesta?

—No.

Hubo una corta pausa de silencio. Simbad observó el rápido vaivén de los senos de Zoina.

Estaba muy alterada.

—Lo lamentará, Tomás —dijo en tono amenazador.

—Ya conoce mi respuesta, Zoina.

—¿Cuánto pide? Puedo pagar…

—No se trata de dinero.

—Un comandante de astronave nunca rechaza un par de miles de talentos por algo que no puede perjudicarle en absoluto.

—Diríase que yo hablo en un idioma ininteligible —contestó él.

Zoina se encogió de hombros. Tenía el bolso sobre el sillón y lo recogió.

—He fracasado—dijo.

Y se encaminó hacia la puerta.

De pronto, al pasar junto a Simbad, levantó el bolso.

Simbad se apercibió de la maniobra a tiempo y golpeó el brazo de Zoina de abajo a arriba. Un chorro de gas salió silbando en dirección al techo. Un segundo después, el bolso volaba por los aires, para caer luego al suelo.

Simbad percibió un olor mareante. Tambaleándose, corrió hacia la puerta y la abrió de par en par, escapando al pasillo.

Zoina intentó huir. Simbad le puso la zancadilla y la mujer cayó al suelo.

Simbad se arrojó sobre ella. Pero el gas había disminuido su

fuerza física.

Revolviéndose con increíble agilidad, Zoina elevó ambos pies y le golpeó en el pecho. Simbad cayó de espaldas.

Zoina no desaprovechó la ocasión. Se incorporó de un salto y escapó antes de que el aturdido Simbad tuviera tiempo de perseguirla.

Simbad se incorporó poco después. Entró en su habitación. El gas se había disipado ya por completo.

De pronto, vio en el suelo el bolso de Zoina. Ella lo había abandonado, sin molestarse en recogerlo.

Se inclinó y lo abrió. Estaba vacío.

El descubrimiento le desconcertó. Pero no tardó en hallar un doble fondo, debajo del cual había un tubo de metal, que era, sin duda, el recipiente del que había escapado el gas narcótico, cuyos efectos había podido eludir, aunque no del todo.

Era obvio. Zoina había intentado narcotizarle. ¿Por qué?

CAPÍTULO V

Halyna le acogió de uñas en el comedor.

—Creí que ya no acudiría —dijo.

—He tenido trabajo —contestó él.

—¿De veras? No me diga —se burló la joven. Simbad se sirvió una copa de vino blanco. Con ella en la mano, miró fijamente a Halyna.

—Voy a Ir'ktar, pero lo hago contra mi voluntad. A este viaje sólo le falta haber sido anunciado a bombo y platillo. Todo el mundo sabe que voy a Ir'ktar…

—¿Por qué dice eso? —exclamó Halyna, asombrada.

—Me ha visitado una mujer llamada Zoina Gal. ¿La conoce usted?

—No, nunca la he visto. ¿Quién es?

—A mí también me gustaría saberlo. El caso es que primero quiso darme dos mil talentos por llevarla a Ir'ktar. Como no acepté, intentó narcotizarme. Pude evitarlo, pero ella se me escapó.

Halyna se sentía estupefacta.

—No lo entiendo. Yo no dije…

—Banner murió no sabemos cuándo. ¿Cuánto tiempo estuvo el Ir'kno en su sitio, enterándose de todos sus secretos?

—Es cierto —murmuró—. Así, pues, los Ir'knos saben que vamos a su planeta.

—Se deduce fácilmente, ¿no? —contestó él con sarcasmo.

Hubo una pausa de silencio.

—Pero no podemos abandonar —exclamó ella súbitamente.

—Como quiera. Un día dirán de nosotros que estábamos locos. Y tendrán razón.

—¿Acaso no se da cuenta del peligro que corremos?

—¡Peligro, bah! —exclamó él despectivamente—. No es que simpatice demasiado con los Ir'knos, pero tampoco es como para asustarse cada vez que se los menciona. ¿Qué hace la diplomacia cavediana?

—Todos los medios han sido agotados. Sólo nos queda el recurso de destruir la fuente que produce la energía de que ellos se sirven para sus cambios polimórficos. No les haremos más, nos

contentamos con eso… nunca se nos ha ocurrido invadir y sojuzgar su planeta, pero tampoco queremos que ellos nos dominen. Todos amigos y cada uno en su casa, ¿entiende?

Simbad bebió de un golpe su copa de vino.

—Está clarísimo —contestó—. Pero le diré una cosa, Halyna.

—Hable —pidió ella con los labios muy prietos.

—He viajado muchísimo por este sector de la Galaxia. Tengo amigos por todas partes; mis establecimientos comerciales son una fuente preciosa de información. Poseo una experiencia que ya la quisieran para sí muchos empingorotados diplomáticos cavedianos. Pues bien, es la primera vez que oigo una tontería semejante acerca de una invasión por parte de los Ir'knos.

—Pues es cierto…

—No discutamos —cortó él fríamente—. Haremos el viaje. Llegaremos a Ir'ktar e investigaré por mi cuenta.

—¿Y después?

—Obraré según los dictados de mi conciencia. Si los Ir'knos tienen verdaderas intenciones belicosas, la ayudaré. En caso contrario…

Ella hizo un signo de aprobación.

—Espero convencerle de que todo cuanto le he dicho es verdad. Y le convenceré sobre el terreno —dijo.

—Así lo espero —concluyó Simbad el poco amistoso diálogo.

* * *

Tumbado en su lecho, Simbad reflexionaba sobre los acontecimientos sucedidos en el día de su llegada a Anknor IV.

Estaba desvelado. No podía dormir.

Llevaba horas despierto, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Por fortuna, el sistema de aireación de la estancia funcionaba a la perfección.

De buena gana hubiera enviado todo al diablo, aun corriendo el riesgo de perder su inmenso capital. Ello no le importaba en absoluto.

Podía empezar de nuevo, partiendo de cero. Tenía algo que valía más que el dinero: amistades.

Contaba con amigos en todas partes. Obtendría créditos, los

astronautas le seguirían para tripular sus naves al conjuro de su nombre… Simbad, el astronauta, el generoso… Había hecho tantos favores que ni los recordaba… Y aunque muchos los habían olvidado, todavía quedaba gente agradecida.

Pero no podía. Le parecía humillante para su orgullo abandonar. Seguiría adelante.

Y demostraría que todo cuanto se decía sobre los pretendidos planes belicosos de los Ir'knos eran simples fábulas.

De pronto, le pareció que oía ruidos raros no lejos de él.

Alguien emitió un gemido. Simbad se sentó en el lecho y encendió la luz.

Un mueble cayó al suelo en una habitación próxima a la suya. Simbad se extrañó de los ruidos a deshora.

Agarró una pistola que tenía bajo la almohada y corrió hacia la puerta. La abrió y se asomó al pasillo.

Dos hombres salían arrastrando a una persona envuelta en una manta. Simbad divisó unos pies femeninos.

—Dejen a la mujer —ordenó.

Los individuos se volvieron en el acto.

Uno de ellos dijo:

—Sujétala. Yo me encargo de ese tipo.

Repentinamente, el hombre se convirtió en una planta viviente, de innumerables tentáculos, que avanzaron raudamente hacia Simbad. El astronauta no se inmutó.

Apretó el gatillo. Era una pistola de agua, pero contenía alcohol puro.

La planta se contorsionó horriblemente. Los tentáculos cayeron al suelo, retorciéndose como serpientes vivas. Pronto se convirtieron en un hediondo e inofensivo glóbulo verde—amarillento.

El otro Ir'kno soltó a su presa. Convertido repentinamente en un tigre octópodo, saltó hacia Simbad con las fauces abiertas de sus dos enormes bocazas.

Simbad disparó otro chorro de alcohol. El Ir'kno, sorprendentemente, retrocedió, pero no perdió su forma.

Las bocas del felino gruñeron amenazadoramente, mientras su cola terminada en un aguijón se agitaba de una manera poco tranquilizadora.

De repente, Simbad agitó la mano izquierda. Un diminuto pajarillo, de larguísimo pico, empezó a revolotear inmediatamente por el corredor.

El tigre octópodo giró sobre sus talones y escapó a la carrera, perseguido por el pajarillo, que aleteaba incansablemente. Simbad se echó a reír y se acercó a Halyna, quitándole la manta que la cubría.

—Hola —saludó.

Ella le dirigió una mirada de gratitud. Estaba blanca como la nieve.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Vamos adentro. Se lo contaré todo, lejos de los posibles curiosos.

Simbad empujó con el pie el glóbulo inmóvil y lo metió en su habitación. Luego se dirigió a la de Halyna.

Ella se había sentado en un sillón. Las piernas se negaban a sostenerla todavía.

—Me sorprendieron durante el sueño… —dijo.

—Y trataron de raptarla. ¿No le dije que todo el mundo conoce nuestro viaje a Ir'ktar?

—Y usted, ¿no ha podido ver que los Ir'knos siguen adelante con sus planes?

Simbad torció el gesto.

—Puede que tenga razón —murmuró.

—La tengo. ¿Cómo me libró de ellos?

—Arrojé alcohol a uno. Murió.

—¿Y el otro?

—Se transformó en un tigre octópodo. Le lancé alcohol también, pero lo resistió, aunque hubo de retroceder.

—¿No ha muerto?

—No, pero le obligué a huir haciendo aparecer ante él un «picotaladro».

—¿Cómo?

—Es el único animal al que temen los tigres octópodos. De un solo picotazo, asestado con un pico que tiene la dureza del diamante, puede perforarles el cráneo y herir su cerebro… sus dos cerebros, mejor dicho. El tigre bicéfalo lo sabe y escapó.

—¿Es que llevaba usted un «picotaladro» en su equipaje? —se

sorprendió Halyna.

Simbad le enseñó un anillo que llevaba en el anular izquierdo.

—Hipnosis instantánea —dijo—. Ningún ser viviente puede resistir sus efectos. Me lo regaló… alguien, en Wittbus I.

—Una mujer —dijo ella.

—Lo admito.

—Entonces, hizo creer al tigre que un «picotaladro» le iba a matar.

—Justamente.

—Pero era un Ir'kno.

—Muerto en figura de tigre, habría muerto también como Ir'kno, ¿comprende?

Halyna movió la cabeza.

—Es usted desconcertante —dijo.

—No, sino experto. Son muchos años de viajar por la Galaxia, Halyna.

Simbad se puso en pie.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, desde luego…

—Ciérrese con llave —aconsejó él.

Y ya desde la puerta, se volvió y la contempló un instante.

—Me preocupa la resistencia del Ir'kno al alcohol —declaró.

—También ellos adquieren experiencia.

—Es probable. Que descanse, Halyna.

—Buenas noches, Simbad.

El astronauta regresó a su cuarto. Miró el glóbulo situado en el centro de la habitación.

Luego emitió un profundo suspiro. Era una labor poco agradable. Despedazar aquel glóbulo y arrojarlo por el desagüe resultaría lento y tedioso… pero había que hacerlo.

* * *

Simbad durmió hasta muy tarde. Se levantó y se bañó. Luego empezó a vestirse.

Estaba terminando cuando llamaron a la puerta.

Abrió. Un hombre le miró con expresión calculadora.

—¿Tomás Smith?

—Yo mismo, Dimo. Entre.

—M'Nissuss me dijo que usted quería verme.

—En efecto. Siéntese, ¿quiere?

Ler Dimo accedió. Era un hombre de unos cuarenta años, fuerte, más bajo que Simbad, de rostro inteligente y mirada astuta.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Dimo, usted es el único que entra y sale de Ir'ktar cómo y cuándo quiere y sin que ningún Ir'kno le ponga el menor inconveniente.

—Soy muy amigo de todos los Ir'knos —contestó Dimo llanamente.

—Lo sé. Por eso quiero que me ayude.

—¿A ir a Ir'ktar? Eso es fácil. Basta con solicitar en la embajada un permiso de aterrizaje…

—A mí me lo negarán, Dimo.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo motivos para ello —contestó Simbad.

—Entonces, me está proponiendo que le entre de matute.

—Sí.

Dimo se puso en pie.

—Adiós, Smith.

—¡Espere, Dimo!

El astronauta se quedó quieto.

—Los Ir'knos son mis amigos. No espere que los traicione.

—No se lo pediré. Y ya veo que no me va a llevar en su nave.

—Desde luego. No cuente con ello, Smith. Ni se le ocurra ofrecerme dinero. No aceptaría, por elevada que fuese la cifra.

—Si yo fuera Ir'kno, me sentiría orgulloso de usted, Dimo.

—¿Eso es todo, Smith? —preguntó Dimo fríamente.

—Pues…

Simbad se rascó la oreja izquierda, simulando perplejidad. Dimo se quedó rígido en el acto.

—Un buen invento este del anillo hipnótico —comentó apagadamente. Luego alzó la voz—: Dimo, ¿qué sabe usted de la central suministradora de la energía para los cambios polimórficos de los Ir'knos?

—Nada.

Era inútil hacer más preguntas. Si Dimo lo hubiera sabido, se lo

habría dicho en su actual estado de hipnosis.

Aquella escueta contestación sólo podía significar una cosa: los Ir'knos ni siquiera se fiaban del mejor amigo con figura humana que tenían.

CAPÍTULO VI

Simbad se reunió con Halyna a la hora del almuerzo.

_Voy a tener que hacer una prueba. La última, antes de zarpar hacia Ir'ktar —dijo.

—¿En qué consiste esa prueba, Simbad?

—En raptar a un Ir'kno. Es la única posibilidad que tenemos de conocer el emplazamiento de su central de energía… y cómo es esta central.

—Nadie sabe dónde está —dijo ella desanimadamente.

—Por eso quiero yo averiguarlo antes de emprender la última etapa. No me gustaría desembarcar en Ir'ktar sin conocer previamente el emplazamiento del objetivo.

—Bien, y ¿qué es lo que piensa hacer?

—Lo primero, tiene que alquilar una casa. Dispone de fondos, ¿no?

—Ilimitados… hasta cierto punto, claro.

—Esa será su parte. Cuando la haya ejecutado, yo me encargaré del rapto del Ir'kno.

—¿Tiene ya elegida su víctima?

—No, pero no es problema.

—¿Ha visto alguno en Anknor IV?

—El detector de cuarzo corregido no falla —sonrió él.

—Por fortuna, yo soy humana. Si fuese una Ir'kno, me habría descubierto en seguida.

—Desde luego. Mientras yo me encargo de encontrar a mi Ir'kno, usted se ocupará de la casa. Nos reuniremos aquí a la noche. Quiero tener la dirección cuanto antes.

—Desde luego. ¿Qué hará usted mientras tanto?

—Comprar un proyector de pensamientos.

—Entiendo. Así podrá sondear la mente del Ir'kno.

—Justamente.

—Pero ¿no se le transformará en cualquier otra cosa?

Simbad sonrió.

—Conozco un truco que no me fallará —dijo.

—Explíquese —pidió Halyna.

—Un buen golpe en la cabeza.

—¿Y dejarlo sin sentido? Eso le hará relajar su tensión polimórfica…

Simbad meneó la cabeza.

—La tensión polimórfica queda relajada en estado consciente, cuando un accidente externo impresiona la mente del Ir'kno. Al quedar sin sentido, el Ir'kno mantiene la forma en que se hallaba y durante el tiempo que continúe su inconsciencia.

—Entiendo. Usted le dará el golpe. Luego le prolongará la inconsciencia por medios artificiales… ¿El anillo hipnótico?

—No, sus efectos sólo duran quince minutos escasos. Cualquier narcótico inyectable bastará.

—Muy bien. Nos reuniremos aquí a la noche. Ya tendré las llaves de la casa —prometió Halyna.

* * *

Al día siguiente, pero ya por la noche, Simbad se dirigió a la taberna de M'Nissuss.

El local estaba abarrotado de gentío. Con el monóculo de cuarzo en el ojo izquierdo, Simbad exploró la clientela.

Aquella noche había más Ir'knos. Uno de ellos, con figura de mujer.

Era una rubia opulenta, maciza, el tipo de mujer que gustaba a los astronautas. Simbad dejó caer el monóculo y se acercó a la rubia.

—Estás sola —observó.

Ella le miró y sonrió.

—¿Por qué no me haces abandonar la soledad? —contestó.

Simbad movió la mano.

—Aquí hay demasiada gente —dijo.

La rubia se puso en pie, inspirando profundamente para hacer resaltar las curvas del busto.

—Vamos a un reservado —propuso—. Me llamo Chía.

—Tomás —dijo Simbad escuetamente.

Ella le condujo hasta una habitación situada en el primer piso. Una vez estuvieron en ella, se acercó a un interfono y pidió una botella de vino y dos copas.

—No te conocía —dijo Chía—. ¿De dónde eres?

—¿Natural o residente?

Chía se echó a reír.

—¿Qué más da? Hablaba por hablar. ¿Mucho tiempo en Anknor IV, Tomás?

—Una semana —contestó él en tono ambiguo.

Llamaron a la puerta. Una camarera entró con una bandeja sobre la que se veían una botella y dos copas.

Simbad arrojó el aire una moneda, que la camarera pescó con el escote, adelantando el busto. Sonrió maliciosamente y se alejó, cerrando la puerta.

Chía destapó la botella y llenó las copas.

—Salud, Tomás.

—Lo mismo digo, Chía.

Bebieron. Luego, Chía dejó la copa y se acercó a Simbad. De repente vio venir hacia ella un puño.

Chía se derrumbó sin un gemido. Simbad se precipitó hacia la puerta y echó la llave.

Apagó la luz y se dirigió hacia la ventana. El suelo estaba a cuatro metros de distancia. Demasiado para saltar con una persona en los brazos.

Pero tenía una solución. Cargó con Chía, echándosela al hombro y pasó sucesivamente ambas piernas por el alféizar, quedando sentado un instante. Luego saltó al vacío, a la vez que presionaba el mando de funcionamiento de su cinturón antigravitatorio.

La acción de la máquina frenó considerablemente la velocidad de caída. Simbad flexionó las piernas un poco y luego se dirigió al monorrueda, que había dejado estacionado en la calle transversal.

Instantes después, partía a la máxima velocidad permitida hacia la casa alquilada por Halyna.

* * *

Halyna oyó que llamaban a la puerta. Abrió y dio un respingo al ver la clase de Ir'kno que Simbad traía atravesado sobre el hombro izquierdo.

—¡Es una mujer!

—El mercado de Ir'knos está un poco escaso —contestó él sonriendo, dejándola caer sobre un sillón.

—¿Está seguro de que se trata de una Ir'kno?

Simbad le entregó su monóculo de cuarzo corregido.

—Compruébelo usted misma —dijo de no muy buen humor.

Halyna asintió.

—No cabe la menor duda. Dispense.

—Olvídelo. ¿Dónde está el material de trabajo?

Ella le señaló una mesa. Lo primero que Simbad hizo fue propinar a la desmayada Chía una inyección que prolongaría su inconsciencia durante largo rato, pero ahora con la mente activada por la droga hipnótica.

Luego la acomodó en el sillón, colocándola acto seguido el casco del proyector de pensamientos. Era una gran semiesfera de metal pulido, cuyo interior se acomodaba automáticamente a las dimensiones del cráneo del paciente, unida por una serie de cables de distintos colores a un extraño artefacto, con un objetivo en su parte delantera. En la parte superior, el aparato tenía una especie de antena de radar, con una rejilla cuyos cuadros no eran mayores de medio milímetro.

Simbad ejecutó los trabajos rápida y diestramente. Probó los instrumentos y luego hizo una seña a Halyna.

La muchacha apagó la luz. Simbad se situó junto a la paciente.

—Chía, ¿me oyes bien? —preguntó.

—Sí —contestó la Ir'kno con voz un tanto espesa.

—¿De dónde eres?

—De Ir'ktar.

—¿Llevas mucho tiempo en Anknor IV?

—Algunos meses.

—¿Por qué viniste aquí?

—Me lo mandaron.

—¿Quién?

Chía vaciló. Simbad lo notó en el acto.

—¡Contesta! —exigió.

—Se llama Tut'nol.

—¿Quién es? ¿Qué hace? ¿Tiene algún rango entre vosotros?

—Es viceministro de grado VI —contestó Chía.

Simbad silbó.

—Un pez gordo —comentó—. Chía, ¿qué ordenes te dio?

—Dijo que debía adoptar este aspecto y venir a Anknor IV y

comportarme como una nativa de las que alegran el ambiente en las tabernas.

—¿Nada más?

—Eso es todo. No me dio otras órdenes.

Simbad miró hacia la pantalla, que continuaba en blanco.

—Piensa en Tut'nol —ordenó.

La imagen de un hombre de aspecto corriente apareció en el acto en la pantalla. De pronto, perdió su figura para transformarse en una especie de tronco de color marrón claro, con algunas ramas sin hojas, que serpenteaban a modo de tentáculos.

—De modo que todo lo que tienes que hacer es estar en Anknor IV y vivir como una mujer hermosa—dijo Simbad.

—Sí.

—¿No te piden informes?

Tut'nol apareció de pronto en la pantalla. Se le veía hablando con Chía. El fondo estaba borroso, por lo que no se podía apreciar el lugar en que había tenido la conversación.

—De cuando en cuando, viene a verme —dijo Chía—. Hablamos de la forma de vivir en Anknor IV…

Simbad miró a Halyna.

—Están recogiendo informes por todas partes —manifestó—. Informes de todas clases —subrayó—. Todo les sirve, ¿comprende?

Ella asintió. Luego le hizo una señal para que continuara.

—Ya sólo me resta hacerle una pregunta —murmuró. Elevó la voz—: Chía, ¿sabes dónde está la central que os suministra energía para mantener la tensión polimórfica?

Hubo un instante de silencio. Luego, Chía exclamó:

—¡No! ¡No! —gritó aterrorizada.

—¡Responde, Chía!

—¡No! ¡Moriré instantáneamente si lo digo…!

En la pantalla aparecían continuas explosiones de todos los colores, en los que predominaban los tonos escarlata. Halyna se impresionó muchísimo.

—Simbad, no continúe. Suspenda el interrogatorio; no quiero que le suceda nada —dijo.

Simbad inspiró con fuerza.

—Está bien, encienda la luz.

Chía parecía cansada. Estaba muy pálida.

—¿Qué va a hacer ahora con ella? —preguntó Halyna.

—Volveremos a la taberna de M'Nissuss. Chía está inconsciente. Cuando despierte, no recordará nada de lo que le ha sucedido… pero quiero que despierte precisamente en donde nos quedamos solos.

—Está bien. Vuelva pronto, Simbad.

El astronauta no contestó. Cargóse a Chía al hombro y se dirigió hacia la puerta.

Veinte minutos después, ascendía al reservado por la misma ventana utilizada para salir, con la ayuda del cinturón antigravitatorio. Dejó a Chía reclinada sobre un diván y luego, con la ayuda de una pasta reconfortante, borró de su mentón toda señal del puñetazo propinado, dolor incluido.

Acto seguido, sacó un frasquito y lo paseó bajo la nariz de la mujer. Lo guardó luego y se sentó a su lado, abrazándola con fuerza.

Chía abrió los ojos.

—Tomás —dijo con expresión de sorpresa.

—Hola, preciosa —sonrió él.

Chía le miró extrañada.

—Me has golpeado en la mandíbula —dijo.

—¿Yo? Chía, ¿me crees tú capaz de pegar a una mujer? —La besó en los labios—. Esto es lo que yo hago con las mujeres hermosas.

Ella se sentía todavía un tanto extrañada.

—No sé… me parece como si me hubiese quedado dormida algunos momentos…

Simbad se puso en pie y llenó una copa, que entregó a la Ir'kno.

—Bebe y no te preocupes de más —dijo, sonriendo.

Ella sonrió también.

—Este vino es muy fuerte —dijo—. A veces, hace ver visiones.

—La que yo estoy viendo no puede ser más encantadora.

Chía se sintió halagada.

—Beberemos los dos en la misma copa —murmuró.

—Es una excelente idea —contestó él.

CAPÍTULO VII

Halyna estaba furiosísima.

—¡Toda la noche! —exclamó—. ¡Ha estado toda la noche fuera!

—Lo admito —contestó Simbad imperturbable.

—Pero ¿qué ha hecho? Me prometió volver en seguida y… Ah, ha estado con Chía.

—Sí.

Los ojos de Halyna despedían chispas.

—¿Y no le da vergüenza confesarlo?

—No.

—Me decepciona usted. Chía es guapa, pero basta… Yo creí que tendría un gusto más refinado para las mujeres.

—No siempre se puede elegir, Halyna —contestó él irónicamente.

—Además, es una Ir'kno.

—Por el momento, tiene figura humana.

—¿Y… y se dejó seducir por… por sus encantos?

—Bueno, yo diría lo mismo, sólo que al revés.

Halyna frunció el ceño.

—No le entiendo, Simbad.

—Se lo diré bien claro. Cuando uno quiere averiguar una cosa y todos los procedimientos fallan, siempre queda uno. Saber utilizarlo, he ahí mi secreto.

Ella abrió los ojos. Empezaba a comprender.

—Usted… usted la convenció para que…

—Exactamente. Puesto que ni la narcosis ni el proyector de imágenes mentales habían servido de nada, puesto que no puede decirnos por la fuerza algo que nos interesa saber, pensé que habría otro procedimiento para que hablase.

—Y lo consiguió.

—¿Cómo?

—Tengo la boca seca —dijo él—. Soporto bien el alcohol, pero ella bebe como una mula sedienta. Claro que acabó hablando.

—¿Y le dijo dónde estaba la central?

—Me dio indicaciones preciosas.

—¿Sin que le ocurriera nada?

—En absoluto. ¿No ve que lo dijo de buen grado? Ella está acondicionada ya para eludir esa pregunta en caso de un interrogatorio bajo hipnosis, pero ellos mismos, es decir, los Ir'knos han cometido un error al acondicionar a sus agentes completamente a la personalidad física y mental humana.

—¿Qué quiere decir eso?

—Simplemente, que muchos ya resisten el alcohol. Y si el alcohol desata las lenguas de los humanos y Chía es ahora un humano…

—En resumen, que el alcohol, a algunos de ellos, no les causa una relajación instantánea de la tensión polimórfica.

—Así es, pero como Chía tiene cuerpo humano… ¡se emborrachó!

Ella le contempló admirada.

—Tipo astuto —murmuró—. ¿Y le sacó dónde está la central?

—Digamos que ahora tenemos un noventa y cinco por ciento de posibilidades para encontrarla.

—Una buena labor, indudablemente. ¿Qué dijo Chía cuando se despertó?

—Nada. Sigue durmiendo todavía.

—Pero al despertar recordará…

—Tendrá mucha sequedad de boca y un gran dolor de cabeza. Y cuando yo le saqué los datos más principales, estaba como una cuba. No recordará nada, sino que pasó la velada en compañía de un apuesto extranjero, que le dejó cinco décimos de talento como recompensa por la amenidad de su conversación.

Halyna se ruborizó ligeramente.

—Está bien —dijo—. Veo que hice bien al elegirle a usted para esta misión. Ahora ya sabemos lo principal. ¿Cuándo partimos?

Simbad consultó el reloj.

—Mañana —dijo al cabo—. Tengo que hacer algunas compras que estimo necesarias.

—Le acompañaré…

—Dedíquese a recorrer comercios. En Anknor IV fabrican objetos de artesanía muy curiosos.

—Pero…

Simbad se dirigió hacia la puerta.

—La veré esta noche —fue todo lo que dijo.

* * *

Había estado recorriendo algunos comercios y se sentía un tanto cansado y hambriento. Divisó una taberna y se dirigió hacia ella, encaminándose hacia el mostrador, apenas cruzó el umbral.

Se sentó en un taburete y pidió un bocadillo y un vaso de cerveza. La taberna era como muchas, sin indicativo alguno especial.

Detrás del mostrador había un gran espejo. Simbad empezó a comer distraídamente. De pronto, al mirar por el espejo advirtió la presencia de una persona conocida en el fondo de la sala.

Era Zoina Gal. Se preguntó qué hacía allí la hermosa rubia. ¿Le habría visto al entrar?

Había bastante gente. Zoina estaba sentada en un rincón discreto. Parecía como si esperase a alguien.

Simbad continuó comiendo. Al cabo de unos minutos, vio que un hombre se acercaba a la mesa de Zoina y se sentaba junto a ella.

Inmediatamente, dio comienzo a un animado diálogo. Simbad se puso rígido.

Conocía a aquel individuo. Lo había visto ante la pantalla del proyector de imágenes mentales.

Era Tut'nol, el viceministro de grado VI.

¿Qué hacía en Anknor IV?

Decidió que no estaría de más averiguarlo. Zoina no era una Ir'kno… pero algunos Ir'knos habían aprendido ya a ser inmunes al alcohol. Quizá también habían eliminado el riesgo de parecer dobles al ser contemplados a través de un cristal de cuarzo corregido.

Tut'nol se levantó minutos más tarde. Zoina continuó en el mismo sitio.

Simbad decidió que valía la pena hacer una prueba. Puso una moneda sobre el mostrador y luego cruzó la sala.

Zoina se sorprendió al verle, aunque no dejó de sonreír.

—Celebro encontrarle aquí, Tomás —dijo.

—Para mí ha sido una grata sorpresa, Zoina —contestó él—. ¿Puedo sentarme?

Ella accedió con gracioso ademán.

—Hágalo —invitó—. Una curiosa coincidencia, ¿verdad?

—Sí, sobre todo, considerando que hace unos minutos estaba hablando con un tipo llamado Tut'nol.

Zoina enarcó las cejas.

—¿Tut'nol? Oh, usted se equivoca, Tomás. Ese hombre con el que me vio hablando se llama Rysball.

—¿Está segura? Es un Ir'kno.

—Tiene usted una fantasía desbordante —rio Zoina—. ¿Rysball un Ir'kno? ¡Imposible!

—Un Ir'kno de categoría —insistió él—. Con el rango de viceministro de grado VI. El próximo será ministro de grado I. ¿Qué le parece?

Zoina se puso seria.

—Tomás, usted no sabe lo que se dice. Rysball no es un Ir'kno. Simplemente, está al mando de una astronave ultrarrápida y va a llevarme a Ir'ktar, cosa que usted no quiso hacer.

—Está bien —se encogió él de hombros—. Como quiera. ¿Qué piensa hacer en Ir'ktar?

—Eso no es cosa que le importe a usted —dijo Zoina secamente.

—Me lo habría dicho si hubiese accedido a llevarla.

—Pero como se negó, ahora no tengo yo por qué contarle mis propósitos. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo, mientras se rascaba la oreja izquierda.

Zoina se echó a reír.

—Guárdese su anillo de hipnosis instantánea, Tomás —dijo de buen humor. Le enseñó otro similar—. ¿Qué le parece? Se anulan mutuamente y he estado preparada para contrarrestar la acción de su anillo desde el primer momento.

—Una chica lista —dijo Simbad—. ¿Nos veremos en Ir'ktar?

—Quizá, no le aseguro nada. Es un planeta tan grande…

—Anknor IV también es grande y ya ve, nos hemos encontrado, Zoina.

—Adiós, Tomás —le despidió ella.

Simbad se dirigió hacia la puerta, sintiendo en su interior el amargor de la derrota. Hablando claramente, Zoina se había burlado de él.

Pero ¿qué pretendía aquella hermosa rubia en Ir'ktar?

Tendría que esperar a su llegada al planeta para averiguarlo.

* * *

Halyna escuchó en silencio el relato que Simbad le hizo de su entrevista con Zoina. Al terminar, dijo:

—Lo peor de todo es que no sabemos quién es. Cuando usted me habló de su primera visita, yo me puse en contacto con mis superiores. Pedí información acerca de Zoina, pero tampoco en Cavedia saben nada de ella.

Simbad torció el gesto.

—Tendremos que vigilar bien. Zoina es muy bonita, pero también muy inteligente. Y es amiga de Tut'nol.

—De acuerdo. ¿Qué ha estado haciendo hoy?

—Algunas compras. Digamos que son armas.

—¿Para los Ir'knos?

—Para nosotros —sonrió él. De pronto, se dio cuenta de un detalle—. Oiga, lleva pendientes con diamantes dorados.

—Me los hice montar con un generoso donativo de un tal Simbad, el astronauta —contestó ella sonriendo—. Por cierto, un truco muy bonito el de la botella… pero no me diga que tenía encerrado allí a un genio.

Simbad se echó a reír.

—Fue cosa de hipnotismo general —contestó—. ¡Uf, qué calor! —exclamó de repente.

—Sí, hace bastante calor —reconoció Halyna—. ¿Hipnotismo general, ha dicho? Pero las bolsitas con los diamantes…

—Estaban preparadas de antemano. Todo el mundo creyó que el genio era quien las repartía, pero había varios de mis criados que las colocaron delante de cada comensal.

—Un bonito truco —sonrió la muchacha—. Oiga, ¿qué sucede que hace tanto calor? El clima de Anknor IV es bueno, pero…

Simbad frunció el ceño.

La temperatura de la casa se había elevado considerablemente. Era de noche y lo lógico parecía que sucediese todo lo contrario.

Se acercó a uno de los muros y apoyó en él la mano.

Inmediatamente, la retiró, a la vez que soltaba una exclamación:

—¡Está ardiendo!

Un vidrio saltó de repente, con musical tañido.

El calor se hizo sofocante. Apenas podían respirar.

—Me siento mal… —dijo Halyna.

Simbad intuyó la inminencia de algún grave peligro.

—¡Vamos, tenemos que irnos de aquí en el acto!

Agarró a la joven y tiró de ella con fuerza. Instantes después, cruzaban la puerta.

La casa estaba relativamente aislada. Se separaron unos treinta o cuarenta metros y luego se volvieron.

Simbad abrió la boca, pasmado de asombro. La casa era un cubo de materia incandescente.

La temperatura aumentó rapidísimamente. Un minuto después, la piedra y los materiales de construcción empezaron a derretirse. Cinco minutos más tarde, la casa no era sino un montón de algo muy parecido a la lava volcánica en fusión.

Se oyeron sirenas de alarma. Simbad entendió que lo mejor que podían hacer era desaparecer de aquel lugar.

—Hemos perdido todo —dijo Halyna afligidamente.

—Pero conservamos el pellejo, y eso sí es importante.

CAPÍTULO VIII

Tuvieron que comprar todo nuevamente, pues se habían quedado sólo con lo puesto. Ello retrasó su salida en otras veinticuatro horas.

—¡Al fin! —dijo Halyna, cuando se vio caminando hacia la nave anclada en el astropuerto.

Simbad hizo una minuciosa revisión del aparato. No tenía ganas de encontrarse de repente con algún instrumento estropeado por un sabotaje.

Pero todo parecía en orden. Sentóse en el puesto del piloto y tomó contacto con la torre de control.

—Habla Smith, piloto de la «Vennia» 7—F—44. Solicito permiso para despegar dirección Ir'ktar.

—Torre de control, a piloto Smith. Permiso denegado. Esperen instrucciones.

Simbad se quedó atónito. Quiso pedir explicaciones, pero la torre de control permaneció muda.

—¿Qué pasa, Simbad? ¿Por qué no nos dejan despegar? —exclamó Halyna afligidamente.

El astronauta apretó los labios. De pronto, divisó a través de las lucernas a un hombre que se dirigía hacia la nave.

—No lo sé, pero ahora lo sabremos.

Se puso en pie. El hombre llevaba uniforme de la policía de astropuertos.

Simbad se acercó a la escotilla y la abrió.

—Soy el teniente Lohnar, de la policía del astropuerto —se presentó el individuo, al mismo tiempo que le entregaba un documento—. Lo siento, piloto Smith; su viaje a Ir'ktar queda suspendido.

—¿Por qué? Tenemos los visados en regla…

Lohnar se encogió de hombros.

—Yo cumplo órdenes. La embajada de Ir'ktar ha comunicado a la comandancia del astropuerto haber reconsiderado su permiso y, en consecuencia, declara nulos los visados otorgados.

—Eso es una canallada… —exclamó Halyna furiosamente.

—Dígaselo al embajador, señora —contestó Lohnar en tono

cortés—. Piloto Smith, ahí tiene la prohibición legal por escrito. No se le ocurra infringir los reglamentos. Ya sabe lo que le ocurriría.

—Por supuesto —dijo Simbad—. Pero supongo que no habrá inconveniente en que viaje a cualquier otro planeta.

—En ese caso, tendrá que rehacer su documentación de nuevo. Bueno, usted ya conoce los trámites. Señora… Piloto Smith…

El teniente Lohnar se alejó, dejando a la pareja completamente atónitos.

Halyna se echó a llorar. Simbad rompió furiosamente el documento de invalidación de su visado de entrada en Ir'ktar.

Luego blandió el puño.

—Pues aunque ya no quieran, iremos a Ir'ktar —exclamó rabiosamente.

Se volvió hacia la muchacha.

—Halyna…

Ella levantó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Dígame, Simbad.

—Séquese los ojos. Volvemos a la capital.

—Sí, pero, ¿qué haremos después? No podemos navegar rumbo a Ir'ktar. Nos detendrían y…

Simbad sonrió.

—¿Cree que solamente se puede ir allí con una astronave? ¿Cómo está de fondos?

—Según de lo que se trate…

—Cien mil talentos, por lo menos.

Halyna meneó la cabeza.

—Lo siento, no he recibido autorización para gastar tanto dinero.

Simbad elevó sus brazos al cielo.

—Así, con tacañería, ¿cómo diablos quieren combatir la invasión de los Ir'knos?

—¿Cuánto necesitaría usted, Simbad?

—Un millón… y puede que me quede corto.

—¡Es una suma fabulosa!

—Para mí, un grano de anís… pero como ustedes me declararon muerto. ¿No se les podía haber ocurrido otra idea mejor?

—Lo siento. Yo no planeé la operación.

Simbad reflexionó un momento.

—Está bien —dijo al cabo—. Creo que tengo la solución.

Miró a la muchacha y sonrió.

—No se aflija. Venga conmigo. Lo quieran o no, acabaremos por llegar a Ir'ktar.

* * *

Una hora más tarde, Halyna observó asombrada que Simbad detenía el monorrueda frente a un edificio en cuyo frontis aparecía un rótulo altamente revelador:

COMPAÑÍA MERCANTIL SIMBAD
Importación y exportación en general en toda la Galaxia

—Es una de mis sucursales —dijo él, mientras la ayudaba a descender del vehículo.

Entraron en el edificio, donde reinaba una actividad frenética. Las mercancías se apilaban por todas partes. Los hombres iban y venían llevando bultos y cajones que contenían de todos los géneros conocidos. Varios capataces vigilaban y controlaban estrictamente la menor de las operaciones.

Halyna advirtió que allí había una riqueza enorme. Ello le dio una idea de la capacidad del hombre que la acompañaba, que de la nada había sabido crear un emporio comercial, cuyas ramas alcanzaban distancias incalculables.

Simbad se dirigió a uno de los capataces.

—Tenga la bondad de avisar al señor Brodno —pidió.

El hombre le dirigió una mirada especulativa.

—Dudo mucho que el patrón quiera recibirle —contestó—. Hay que concertar cita con tres días de anticipación por lo menos.

Simbad sonrió blandamente. Sacó una tarjeta, escribió algo en ella y se la entregó al individuo.

—Désela al secretario del señor Brodno. Bastará con que le enseñe la tarjeta por la pantalla del intercomunicador.

—Está bien, señor.

El capataz se alejó. Minutos después, volvía con el asombro pintado en sus facciones.

—El señor Brodno les espera —anunció con gran respeto.

—Gracias, amigo. ¿Vamos, Halyna?

Un ascensor les condujo al último piso, donde estaba el despacho del director de la sucursal. El secretario les abrió la puerta y Brodno se puso en pie al verles.

—Es asombroso —dijo, sonriendo.

Simbad cerró la puerta.

—¿Ha reconocido la contraseña, Jan? —preguntó.

—Por supuesto. A quien no reconocería jamás sería a usted, Simbad —contestó el director—. Pero siéntense, por favor…

—Jan, le presento a Halyna Kutter. Halyna este es Jan Brodno, director de esta sucursal y uno de mis mejores amigos.

—Señorita… —saludó Brodno.

Halyna contestó con una inclinación de cabeza. Luego se sentó.

—Bien, Simbad, usted me dirá en qué puedo servirle —habló Brodno.

—Jan, estoy metido en un asunto de espionaje.

—Me lo imagino. Eso explica su falsa muerte.

—Sí, pero buen susto me llevé…

—¿Cómo? ¿No estaba advertido? —se sorprendió Brodno.

—Nada de eso. Cuando me di cuenta, el tipo estaba ya acribillándome a balazos…

Simbad explicó a Brodno lo que había sucedido a continuación. Brodno asintió con un movimiento de cabeza.

—Nunca me quedé muy convencido de su muerte —dijo—. Sabía que tenía pendiente el asunto de la Ilphax y pensé que quería desaparecer algún tiempo para sorprenderles.

—Lo haremos algún día —contestó Simbad.

—¿Qué es el asunto de la Ilphax? —preguntó Halyna.

—Unos desaprensivos que… Bueno, eso no importa ahora. Jan, necesito dinero.

—¿Cuánto, Simbad?

—Dos millones.

Brodno no pestañeó siquiera.

—¿Cheque o moneda papel?

—Moneda papel aurificada —contestó Simbad.

—¿Dónde se alojan?

—En el *Mritter*. Mi habitación es la número ochenta —contestó Simbad, pensando en que todavía no había saldado la cuenta en el

hotel.

—Muy bien. A las tres en punto estaré allí con el dinero. ¿Cómo lo quiere?

—En billetes de diez mil talentos, Jan.

—De acuerdo, no se hable más.

Halyna salió del despacho caminando sobre nubes.

—Ahora es cuando comprendo el verdadero significado de la palabra riqueza —murmuró atónita.

Simbad se echó a reír, pero no dijo nada. Ella, mientras descendían en el ascensor, siguió hablando:

—Lo que más me ha agradado es la fidelidad de Brodno. Supongo que sus demás directores le guardarán una lealtad análoga.

—Sí, por dos motivos: les pago bien y les doy una independencia casi absoluta. El director de una de mis sucursales es un director y no una marioneta, cuyos hilos se manejan desde un despacho central, quitándoles toda iniciativa.

—Entiendo. Así se explica que haya creado su fabuloso emporio comercial.

—También intervino la suerte un poco —sonrió él.

Brodno fue puntual. A las tres de la tarde, apareció en el hotel, con una carterita que contenía doscientos billetes de diez mil talentos cada uno.

—Jan, haga el adeudo con cargo a mi cuenta particular. Cuando vuelva a Cavedia, arreglaremos los demás trámites.

—Desde luego, Simbad.

—Y se ha ido sin hacer la menor pregunta —dijo Halyna, pasmada, una vez se hubieron quedado solos en la habitación.

—Mis directores son también discretos —contestó él.

—Ya lo veo. Simbad, ¿para qué quiere tanto dinero?

—Tenemos que ver a un tipo llamado Tosk Darryd. Si con dos millones no le convenzo de que me venda una cosa que necesito para trasladamos a Ir'ktar, no le convenceré con nada y tendremos que suspender la operación. En tal caso, yo me consideraría desligado de cualquier compromiso. ¿Entendido?

Halyna hizo un gesto afirmativo.

—Entendido, Simbad.

* * *

Tosk Darryd era un sujeto menudo, de ojillos perspicaces y nariz aquilina, cuyo tic nervioso consistía en frotarse las manos casi continuamente. En su despacho miró a la pareja con cierto recelo, como si temiera hallarse ante unos atracadores.

Halyna examinó con disgusto el despacho. Era anticuado y le hacía falta una buena limpieza, lo mismo que ropas nuevas a su dueño.

—Bien, bien —dijo Darryd—, ¿en qué puedo servirles?

Simbad abrió la cartera y lanzó sobre la mesa un fajo de billetes.

—Hay cincuenta de los grandes —dijo.

—¿De diez mil?

—Justamente.

—Medio millón, señor Smith. ¿Qué mercancía tan valiosa tengo yo para usted?

—Una puerta espacial, con las coordenadas que yo le indique.

Darryd soltó una risita de conejo.

—Señor Smith, ¿por qué no me pide usted el planeta?

Simbad no se inmutó. Sacó otro fajo de billetes y lo dejó junto al anterior.

—Cincuenta más, Darryd —dijo.

—¡Je, je! ¡Qué buen humor tiene usted!

«Judío miserable», masculló Simbad entre dientes.

Esta vez arrojó dos billetes solamente.

—¿Qué me dice, Darryd?

—Hombre, es tan difícil…

Halyna observó al individuo, en cuyos ojos lucía una codicia desmesurada.

Simbad lanzó dos billetes más. Siguió así, poniendo parejas de billetes, hasta que alcanzó la suma total de un millón doscientos mil.

Darryd meneó la cabeza.

—Continúan las dificultades.

Simbad llegó al millón y medio.

—Ríndase, Darryd —dijo.

El individuo extendió los brazos.

—Izo bandera blanca —declaró, fingiendo dramatismo—. Pero corremos el peligro de que nos rebanen el pescuezo…

—Darryd, si hay un tipo escurridizo, que consigue todo lo que

quiere, ese es usted —declaró Simbad—. La cosa no es fácil, pero se consigue cuando se pone un poco de empeño. ¿Cuándo?

—Tardaré algunos días.

—¿Por qué? —preguntó Halyna.

—Tengo que enviar a un hombre que pase de contrabando la mitad de la puerta. Eso no tiene nada de sencillo.

—Darryd, ¿estás seguro de que no lo has hecho nunca antes de ahora?

El comerciante emitió una risita de conejo.

—Usted me conoce muy bien, Smith. ¿Verdad que ése no es su nombre?

—Se equivoca. Es mi nombre auténtico.

—Entonces, ha usado otro como seudónimo.

—Tal vez, pero eso no importa ahora. Me hospedo en el *Mritter*, habitación ochenta. Avísame apenas tenga todo listo.

—Sí, pero faltan las coordenadas. Quiere dármelas. El… receptor debe tenerlas para hacer su parte sin errores.

—Entendido.

Simbad escribió algo sobre un papel. Darryd silbó al leer la nota.

—Si llego a saberlo, no hubiera aceptado el trato —se lamentó.

—Y si yo le hubiera presionado un poco, lo habría hecho por la mitad —gruñó Simbad—. ¿Vámonos, Halyna?

Se pusieron en pie. Estaban ya en la puerta, cuando les llamó Darryd.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Simbad.

—El receptor —dijo Darryd—. Sus gastos corren por cuenta de ustedes.

—Bandido —rezongó Simbad—. Está bien, le pagaremos nosotros. Pero no nos falle o volveré a recogerle el dinero. Eso le dolería más que una cuchillada en la yugular, Darryd, ¿no es cierto?

—Soy caro, pero cumplo siempre mis tratos —se defendió el hombre virtuosamente. Y Simbad ya no dijo nada, porque sabía que si bien Darryd era un granuja, acostumbraba a no engañar nunca a sus clientes.

«Es lo único bueno que tiene», se dijo, mientras salían del despacho.

CAPÍTULO IX

Halyna se paseaba furiosamente por la estancia.

—¡Siete días! —exclamó—. Siete días y ese viejo ladrón de Darryd aún no ha dicho nada. ¡Le ha robado millón y medio de talentos…!

Simbad estaba repantigado en un sillón, contemplando al trasluz el contenido de una copa de vino.

—No sé cómo puede usted mantenerse tan tranquilo. Yo estoy que ardo…

Simbad sonrió ligeramente.

—Halyna, ¿cuánto cree usted que habríamos tardado en ir a Ir'ktar empleando la nave?

—No sé. Dos, tres semanas…

—Casi un mes —aseguró él—. Aunque Darryd tardase ahora en avisarnos otra semana, habríamos ahorrado la mitad de tiempo, puesto que con la puerta espacial, la traslación es instantánea. ¿Me ha comprendido?

—Sí, pero al menos, podía haber dicho algo…

—¿Y qué nos importa? Lo que interesa es que nos avise de que ya tiene todo listo.

Halyna se detuvo ante el joven.

—Simbad, ¿cómo conoció a Darryd? —preguntó.

—¡Conozco a tanta gente! —sonrió él.

—Sí, pero… —Halyna se mordió los labios—. ¿A qué se dedica en líneas generales, claro.

—Hace de todo y conoce a mucha gente en Anknor IV. No se vaya usted a creer que el millón y medio será entero para él. Dará saltos de alegría si le quedan limpios trescientos mil talentos, lo que, por otra parte, no es una fruslería.

—¿Quiere decir que tendrá que sobornar a mucha gente? —se asombró la muchacha.

—Digamos mejor «engrasar la maquinaria». Una puerta espacial no se obtiene tan fácilmente. Es algo que sólo el gobierno puede vender o prestar…, pero siempre hay excepciones. Darryd sabe escoger las excepciones, eso es todo.

—Y usted sabe escoger a los hombres como Darryd.

Simbad volvió a sonreír.

—He viajado mucho —contestó intencionadamente.

En aquel momento, sonó la campanita del fonovisor. Halyna se precipitó sobre el aparato, pero él la detuvo con una seca orden:

—¡Quieta!

Simbad abandonó su actitud de languidez y se acercó al aparato.

—No se ponga frente al objetivo —indicó.

Halyna se apartó a un lado. Simbad apretó el botón de contacto y dijo:

—Habla Tomás Smith.

La pantalla permaneció sin imágenes.

—Soy Darryd —dijo una voz—. Smith, busque en un mapa el Barranco de Rocas Rojas. Una vez lo haya localizado, camine mil setecientos metros a partir de la entrada sur. Verá una grieta de unos doscientos cincuenta metros de largo. Llegue al fondo. Eso es todo.

Sonó un «click». La pantalla se apagó.

Simbad cerró el contacto.

—¿Ha oído? —preguntó a Halyna.

—¿Nada más? —exclamó ella, asombrada.

—Es suficiente. Ahora compraré un mapa y…

* * *

La pareja avanzaba por el fondo del barranco, un cañón mejor expresado, con los ojos protegidos por unas gafas de color, a fin de evitar la fortísima reverberación de los rayos solares.

Simbad llevaba a la espalda una pesada mochila y una bolsa de mano en la derecha. Halyna era portadora asimismo de otra mochila, aunque no tan grande como la de su acompañante.

Hacía un calor de infierno. El barranco, pensó Halyna, merecía su nombre. El tono dominante era el rojo, un rojo oscuro, tétrico, pero con abundancia de vetas brillantes en las rocas, lo que dañaba a la vista incluso con la protección de las gafas oscuras. Delante de ellos, la atmósfera parecía un cristal movedizo, debido a las continuas vaharadas de calor que se desprendían del suelo.

Halyna llevaba pendiente del cinturón una cantimplora con agua, lo mismo que Simbad. De cuando en cuando, refrescaba sus

fauces con unos sorbos de líquido.

—Parece que lleve un año caminando por este lugar de infierno —dijo en cierta ocasión.

—Se nota que está poco habituada a las privaciones —sonrió Simbad.

—No es usted el que más puede acusar a otros en ese sentido.

—¿De veras? Ojalá todas las dificultades que he tenido que vencer hubieran sido como esta corta caminata. Entonces… Pero no hablemos más; ya tenemos aquí la grieta que nos indicó ese viejo ladrón de Darryd.

Era una estrecha hendidura de no más de veinte metros de anchura. Halyna sintió que se ahogaba de calor.

Una vez más, descolgó la cantimplora.

—Aguántese —dijo él—. En Ir'ktar también necesitará el agua.

—¿Es que allí no hay?

—No se puede decir que abunde —contestó Simbad escuetamente.

Momentos después, alcanzaban la puerta espacial.

Halyna contempló con asombro el aparato.

Sustancialmente, era un cajón de vidrio de forma cúbica y dos metros de lado, con doble tapa arriba y abajo. Tanto en el techo como en el suelo, se veían, entre ambas tapas, numerosos tubos metálicos de unos dos centímetros de grosor, separados entre sí por una distancia análoga. Debía de haber unos doscientos cincuenta arriba, calculó Halyna, y otros tantos abajo.

En la tapa inferior, y bajo la misma, divisó un espacio opaco, negro, prolongación del artefacto, y de unos veinte centímetros de grosor.

—Contiene las baterías —explicó Simbad sucintamente.

Entraron en el aparato. Los cristales estaban unidos y sujetados entre sí por andamiaje de metal brillante. A la derecha, adherido a uno de los mamparos de vidrio, Halyna divisó un pequeño cuadro de mandos, con algunos indicadores.

Simbad cerró la puerta. Una luz verde se encendió en el cuadro de mandos.

El astronauta manipuló unas cuantas teclas. Luego se volvió hacia Halyna.

—¿Lista? —preguntó.

Ella asintió, muy pálida, pero resuelta.

—Bien, entonces, ¡adelante!

Simbad presionó el último botón de mando. De momento, Halyna creyó que no ocurriría nada.

De repente, los contornos del paisaje empezaron a difuminarse. Todo tembló ligeramente, como si estuviesen sumergidos en un líquido transparente.

La luz se alejó rápidamente. Halyna creyó que la pinchaban con un millón de alfileres al mismo tiempo. Súbitamente, se encontró en un espacio donde no había luz ni sonido.

Quiso gritar, pero no percibió el sonido de su propia voz. Le pareció que caía velocísimamente por un pozo sin fondo.

Sintióse aterrada. ¿Dónde estaba?

Pasó un tiempo que se le hizo infinito. De pronto, empezó a ver una luz a lo lejos.

El resplandor se agrandó rápidamente. Halyna volvió a gritar, creyendo que se iba a estrellar contra el suelo.

Oyó la voz de Simbad.

—No alborote tanto. Ya hemos llegado.

Halyna parpadeó, deslumbrada por el intenso resplandor que hería sus retinas, pese a la protección de las gafas de color. Asombrada, vio que se hallaba en un cajón de vidrio análogo al que ya conocía.

Pero el paisaje era muy distinto. Ello la convenció de que el viaje ya había terminado.

Un hombre se acercó por el exterior. Abrió la puerta y les miró con expresión sonriente.

—Un viaje feliz, presumo —dijo.

—No podemos quejarnos —contestó Simbad—. Usted es el empleado de Darryd.

—Sí, señor.

—¿A cuánto ascienden sus honorarios, amigo?

—Medio millón, señor.

Simbad pegó un salto.

—No se queda corto exigiendo, ¿eh? Diríase que es usted hermano de Darryd y que forma sociedad con él.

El hombre sonrió.

—Es usted un adivino, señor —contestó. Alargó la mano—. El

dinero.

Simbad hizo un gesto de resignación. Luego sacó el último fajo de billetes.

—Ahí va, amigo.

—Gracias, señor.

Simbad y Halyna salieron al exterior, donde reinaba una temperatura sofocante. El hermano de Darryd penetró en la cabina.

—Buena suerte —les deseó.

—¡Eh! —gritó Simbad—. ¿Se va usted?

—El contrato que establecieron con mi hermano sólo estipulaba el traslado a Ir'ktar, pero no se habló para nada de su vuelta a Anknor IV. ¡Adiós, amigos!

Darryd cerró la puerta, ante la estupefacción de la pareja. Simbad tardó unos segundos en recobrar el habla.

—Qué granujas —masculló—. Se suponía que yo era un tipo listo, pero veo que hay quien me gana.

La cabina desapareció con su ocupante a bordo. Halyna estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Y no podremos volver ya a Anknor IV? —dijo afligidamente.

—Lo interesante es que estamos en Ir'ktar —contestó él—. Era eso lo que buscaba, ¿no?

—Sí, pero…

—No se queje, Halyna. Ha conseguido lo que deseaba, así que las lamentaciones estorban. Ahora lo que importa es encontrar la central.

Ella movió la mano en ademán circular:

—Sinceramente, Simbad, ¿cree que la vamos a encontrar aquí? —inquirió.

* * *

A primera vista, Halyna tenía razón.

Hallábanse en el centro de una vasta llanura desértica, de un tono ocre uniforme en la mayoría de los lugares, con ligeras ondulaciones que apenas alteraban la monotonía del paisaje. Los rayos de la estrella que alumbraba a Ir'ktar caían con furia sobre el suelo, convirtiendo el ambiente en un horno de inaguantable temperatura.

No había el menor rastro de vegetación. La arena quemaba bajo los pies. Los escasísimos accidentes topográficos que se divisaban resultaban insuficientes para la orientación.

—Por supuesto que no encontraremos aquí la central —dijo Simbad pasados unos segundos—. Pero no iba a hacer que Darryd montase la puerta receptora en la zona más concurrida por los Ir'knos.

—Eso quiere decir que hemos de abandonar este lugar.

—Justamente.

Halyna contempló el panorama y se estremeció.

—Moriremos de insolación —dijo.

—¿Usted se cree que ha venido con un novato? —sonrió Simbad —. Espere unos minutos, por favor.

Simbad abrió la bolsa de mano y extrajo de la misma un paquete, cuyo contenido resultó ser una tienda de campaña de un tejido tan fino como una tela de araña y que cabía en el hueco de una mano. No obstante, la trama poseía el suficiente espesor de trama para proporcionar un seguro parapeto contra los rayos del sol de Ir'ktar.

La tienda estuvo montada en pocos minutos.

—Entre —indicó él—. Aguardaremos a que se haga de noche.

—¿Es que no podemos empezar ahora a buscar esa central?

—Claro que sí, pero no le gustaría que la vieran los Ir'knos, ¿verdad? Ande, entre y evite una insolación. Todavía quedan bastantes horas hasta que se haga de noche. Aquí, en Ir'ktar, los períodos diurnos y nocturnos son casi el doble que en Cavedia.

Simbad dejó abiertos dos extremos de la tienda, a fin de que circulara el aire. Estuvieron hablando un rato, hasta que la conversación languideció.

Luego, Halyna se tendió en el suelo y se quedó dormida. Simbad descabezó también un sueño. Despertó a media tarde, cuando el sol iniciaba ya su descenso hacia el horizonte.

Como le quedaba tiempo, se entretuvo en revisar el equipaje. Una de las cosas que hizo fue sacar una extraña pistola, que colgó del cinturón por medio de un gancho adecuado.

Halyna despertó más tarde. Se sentó en el suelo y se quedó mirando las operaciones que hacía su acompañante.

—Mucho equipaje ha traído —observó—. Nos pesará durante el

viaje.

Simbad sonrió maliciosamente.

—Sigue pensando que soy un novato —contestó.

Ella fue a decir algo, pero, de repente, extendió la mano y señaló un punto situado fuera de la tienda.

—¡Mire, Simbad! ¿Quién le dijo que no había vegetación en este desierto?

CAPÍTULO X

Simbad volvió la cabeza.

Delante de ellos, a unos tres o cuatro metros de distancia, había un arbusto de hojas de un verde brillante, con flores de colores sumamente atractivos. Era un espectáculo agradable de contemplar.

—¡Qué flores tan hermosas! —exclamó Halyna—. Voy a coger una…

—Espere —dijo él.

—Me adornarán el pelo…

—¡Espere!

Halyna le miró extrañada. La cara de Simbad no mostraba complacencia ni mucho menos.

—¿Qué ocurre? —preguntó temerosamente.

Simbad desenganchó la pistola del cinturón y apuntó hacia la planta. Halyna observó el arma con asombro. El cañón era cuadrado y en la boca tenía algo parecido a un objetivo cinematográfico.

Ella vio que Simbad apretaba el gatillo, pero no oyó ningún estampido ni vio tampoco salir un rayo de energía destructora por la boca del arma. Pero, de repente, divisó un rebaño de animales semejantes a cabras, que pacían en el suelo cubierto de hierba, rodeando por todas partes y acercándose rápidamente al arbusto.

Halyna creyó que soñaba. Súbitamente, la planta desapareció y se convirtió en un torbellino de polvo que se alejaba con toda rapidez.

Los rumiantes y la hierba desaparecieron también. El suelo recobró su aspecto árido e inhóspito.

—¡Simbad! ¿Qué ha sucedido aquí?

El joven se levantó y salió fuera de la tienda. Ella le siguió.

Simbad continuaba con la pistola en la mano. El torbellino de polvo se había inmovilizado a unos centenares de metros.

Simbad apuntó con la pistola y la hizo funcionar de nuevo. Acto seguido, dijo:

—Mire a sus espaldas, Halyna.

Ella obedeció. Los ojos se le salieron de las órbitas al ver a una pareja que huía a la carrera. Eran un hombre y una mujer exactamente iguales a ellos.

El torbellino de polvo se lanzó en persecución de la pareja. Simbad se echó a reír, mientras volvía la pistola al cinturón.

—Correrá durante una hora o más y se alejará un buen trecho —dijo.

—Me siento pasmada. ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué clase de pistola es esa? —exclamó Halyna.

—Un proyector de imágenes hipnóticas. Lanza contra el adversario la imagen que uno quiere que él vea… generalmente un enemigo suyo.

—Pero…

—Halyna, las flores no eran flores ni el arbusto era un arbusto, sino que todo junto era un Ir'kno. Aquí no ha llovido ni había el menor motivo para que nacieran flores. Por tanto, eso que veíamos sólo podía ser una cosa.

—Entiendo. ¿Y los rumiantes?

—Bueno, las cabras comen de todo y les gustan muchos las flores. El Ir'kno creyó que se lo iban a comer y escapó.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de la joven.

—¿Y la pareja que huía?

—Era una proyección hipnótica, destinada a engañar al Ir'kno. Así «nos» siguió, creyendo que huíamos despavoridos. Naturalmente, «oculté» la tienda y no nos vio cuando pasó de nuevo a nuestra altura.

—Es usted un trapacero —dijo Halyna.

—Conozco un poco a los Ir'knos. Pero no se crea que son tan buenos como parecen. Claro que, a fin de cuentas, defienden lo que, para ellos, es justo.

—Usted ya sabe qué es lo que pretenden —le recordó ella.

—Sí, pero no conocemos aún sus motivos. Y eso es algo que me interesa mucho averiguar. Bueno, vamos a levantar el campo. Hemos de continuar nuestro camino.

Halyna suspiró.

—¿Cuántos kilómetros a pie?

Simbad se echó a reír.

—He venido preparado —dijo—. Espere un momento.

Lo primero que hizo fue desmontar la tienda. Acto seguido, abrió la mochila y extrajo de ella un cinturón antigravitatorio, que colocó en torno al esbelto talle de Halyna. Luego se colocó otro

análogo.

Seguidamente, extrajo un pequeño arnés, con un tubo cilíndrico, colocado en la posición adecuada, que sujetó a los hombros de la muchacha.

—Es un propulsor individual —explicó—. No podría levantarla del suelo, ahora, pero cuando haga funcionar el cinturón antigravitatorio, el menor impulso la moverá en el sentido deseado con toda facilidad.

Halyna estaba admirada. Simbad se puso otro aparato análogo y, finalmente, extrajo sendos cascos para la cabeza, dotados de unas gafas de extraña forma.

—Visores infrarrojos —dijo—. No olvide que pronto será de noche.

Recogió todo. Dio las últimas instrucciones a la joven. Halyna, por otra parte, conocía el manejo de los cinturones antigravitatorios.

—¿Listos?

—Cuando quiera.

Instantes después, se separaban del suelo. Luego pusieron en acción los propulsores y se lanzaron hacia adelante a gran velocidad.

* * *

Halyna empezó a dar señales de impaciencia.

—¡Simbad! —llamó.

El astronauta se volvió, sin variar el rumbo de su propulsor.

—¿Qué le ocurre ahora, Halyna?

—Llevamos casi diez horas de vuelo apenas interrumpido para tomar un bocado. ¿Cuándo llegaremos?

—Paciencia. Todavía nos quedan varios centenares de kilómetros.

—Lo que, a la velocidad que llevamos, significa seis horas, por lo menos.

—La cifra es muy aproximada —admitió él.

—Estoy cansada.

—Los Ir'knos saben que estamos aquí. No podemos permitirnos descansar antes de que hayamos llegado a las inmediaciones del

objetivo.

—¡Pero yo lo veo todo igual! ¡Llanura, llanura…!

—Vamos, no se queje como una niña de pocos años. Siga volando; total, no tiene que hacer ningún esfuerzo.

Halyna acabó por reconocer que se quejaba un poco por vicio. El viaje podía ser molesto, incómodo, pero poco fatigoso.

—La próxima vez, en lugar de cinturón, traiga un sillón antigravitatorio —pidió.

—Lo tendré en cuenta… si hay próxima vez.

Ella se estremeció.

¿Saldrían con vida de Ir'ktar?

Seis horas más tarde, Simbad juzgó que debían tomarse un buen descanso.

El suelo se había hecho más accidentado. Ahora había colinas y barrancos, con alguna vegetación. Simbad eligió una grieta angosta y profunda y tomaron tierra en el punto más escondido.

—Armaré la tienda —dijo—. Pasaremos el resto de las horas de luz.

—Dieciséis horas —suspiró ella.

—Catorce, aproximadamente —rectificó Simbad.

Halyna se durmió a los pocos minutos. Simbad preparó algunos sistemas de alarma y se tendió a dormir también.

Se despertó varias horas más tarde, percibiendo la sensación de que no se hallaba solo. Halyna continuaba durmiendo.

Se asomó a la tienda y miró a todas partes. Las alarmas permanecían silenciosas.

—Estoy viendo Ir'knos por todas partes —murmuró.

De súbito oyó un ruido extraño.

Frunció el ceño. ¿De dónde procedía aquel sonido? Volvió la cabeza y miró hacia el otro lado de la tienda. En la parte más alta de la del fondo de la grieta vio de repente una enorme catarata de agua que se desplomaba con enorme fragor.

—¡Halyna, arriba! —gritó, a la vez que se precipitaba sobre la pistola hipnótica.

Lanzó una descarga y el agua se congeló casi instantáneamente. El peligro de una inundación había pasado, pero sólo por el momento.

La catarata helada desapareció, siendo sustituida por una lluvia

torrencial, con gotas tan gruesas como el pulgar. Halyna gritó de dolor, al sentir en su cuerpo el impacto de numerosas gotas.

Simbad contraatacó. No podía congelar la lluvia; significaría morir lapidados. Apuntó hacia arriba y provocó un cielo despejado y sin nubes.

La lluvia cesó instantáneamente.

Pero el Ir'kno volvió a la carga, transformándose ahora en una enorme piedra que se desplomó desde las alturas sobre el campamento.

Simbad lanzó una descarga que desintegró la piedra, transformándola en urna nube de polvo amarillo. El polvo se concentró en un aullador torbellino que empezó a dar vueltas en torno a la tienda.

—Me estás cansando ya —gruñó el astronauta.

Y sacó la pistola de alcohol.

—Tú lo has querido —dijo, a la vez que accionaba el gatillo.

El torbellino de polvo se convirtió instantáneamente en un glóbulo inmóvil.

—Lo siento —dijo Simbad—. No quería hacerlo, pero él me obligó.

Halyna estaba muy pálida.

—Trataba de matarnos —dijo.

—Sí.

Simbad empezó a recoger el campamento.

—Esto se está poniendo cada vez peor —gruñó—. Ya no les hace efecto mi pistola hipnótica.

—Pero gracias a ella hemos podido resistir…

—Desde luego. Sin embargo, el otro Ir'kno escapó apenas se vio en peligro de verse devorado por los rumiantes. En cambio, éste ha resistido hasta última hora.

—¿Por qué no escapó, Simbad?

Él se encogió de hombros.

—Estaba buscando nuestro punto flaco —apuntó.

Todavía era de noche, aunque ya había bastante claridad.

Momentos después, levantaban el vuelo. Simbad marcó ahora el ritmo de marcha. Se desplazaban a una velocidad moderada, de modo que incluso pudo consultar en vuelo un mapa que sacó de un bolsillo de las perneras de sus pantalones.

Dos horas más tarde, Simbad picó casi verticalmente.

—¡Abajo, Halyna!

Ella siguió dócilmente la maniobra.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó, en el momento de posar sus pies en la tierra.

—Eso espero —respondió él sobriamente.

CAPÍTULO XI

Halyna se sentía emocionada.

Por fin iba a dar con la guarida donde se hallaba la central que proporcionaba a los Ir'knos la energía suficiente para su tensión polimórfica. Pero ante su asombro vio que el paisaje no tenía nada de particular.

Más o menos, era como el que habían abandonado después del último ataque: colinas rugosas y barrancos de feo aspecto.

—¿Aquí? —dijo desanimada.

—Eso creo —contestó Simbad, arrodillándose en el suelo.

Ya se había quitado la mochila. Halyna creyó que su capacidad era inagotable.

Simbad extrajo una cajita negra, oblonga, de unos treinta centímetros de largo, por veinte de ancho y otro tanto de grueso. Pulsó un botón y una pequeña antena, dotada de rejilla detectara, se irguió en el acto.

Simbad presionó una segunda tecla, la rejilla empezó a girar a la velocidad de una vuelta por tres segundos.

Mientras, observaba atentamente las indicaciones de una delgada cinta que se desenrollaba y enrollaba automáticamente, viéndose parte de la misma a través de una angosta mirilla. La línea negra que aparecía en ella era casi recta, con escasas ondulaciones.

—¿Qué es eso? —preguntó Halyna, asombrada.

—Un radioelectroencefalógrafo.

Halyna creyó comprender y dijo:

—Registra las actividades de un cerebro humano por ondas de radio, sin necesidad de adaptarle ningún casco de conexión al cráneo.

—Justamente. Espere un momento.

La línea del encefalograma se había alterado ligeramente.

—Creo que vamos por buen camino —murmuró.

—¿Acaso cree que la central emite ondas como las emitiría un cerebro humano?

—Y si no fuera así, ¿cómo podrían los Ir'knos transformarse a su antojo?

El encefalograma se hizo más quebrado. Ahora las crestas y

valles de la línea eran más pronunciados.

Al mismo tiempo, la antena empezó a girar con menor rapidez, hasta que, al cabo de unos segundos, se detuvo por completo.

La antena tenía una diminuta varilla perpendicular a la rejilla. Simbad, arrodillado como estaba, agachó un poco y dejó que su vista resbalase a lo largo de la varilla.

Luego consultó una pequeña esfera que había en la tapa del aparato.

—Esa es la dirección —señaló al cabo—. A mil metros escasamente de aquí.

—Pero yo no veo más que una colina…

—Es el cráneo —sonrió él—. Debajo está el cerebro.

—Entiendo.

Halyna estudió con la vista el lugar donde se suponía estaba la central. Parecía algo más alta que las restantes y tenía una forma bastante regular, como un cono trancado, de unos quinientos metros de diámetro en su base.

—Ahora sólo falta hallar la entrada —dijo.

—Y no es ese el menor de nuestros problemas —gruñó Simbad, a la vez que empezaba a recoger el aparato.

Se puso en pie.

—¿Vamos?

Reanudaron la marcha, ahora sin usar los propulsores.

—Las baterías están casi agotadas —explicó—. Podemos necesitarlos en un momento de apuro.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, se encontraban en las cercanías de la colina. Una segunda prueba con el radio—electroencefalógrafo corroboró la primera exploración.

—Bueno, y ahora, vamos a buscar la entrada…

—Tendremos que esperar un poco —dijo Halyna—. ¡Mire!

Simbad volvió la vista. Un aparato volador, de forma discoidal, se acercaba con gran rapidez a la colina.

Agarro la mano de Halyna y tiró de ella, escondiéndose rápidamente detrás de unas rocas. Instantes después, el vehículo volador se detenía a cincuenta metros escasos de distancia.

Una escotilla se abrió y dos personas saltaron al suelo. Simbad se quedó pasmado.

—¡Es Zoina Gal! —exclamó—. Y ese que la acompaña es Tut'nol.

* * *

Zoina y Tut'nol caminaron mesuradamente hasta un punto situado en la base de la colina, entre dos salientes rocosos. Se adentraron en aquella especie de callejón y, casi de repente, desaparecieron de la vista de la pareja,

—¡Caramba! ¡Eso parece cosa de magia! —exclamó Halyna.

Simbad se quedó preocupado.

—¿A qué ha venido Zoina a Ir'ktar? —murmuró.

—¿Por qué no vamos a preguntárselo? —exclamó ella impetuosamente.

—Primero, vamos a ver qué procedimiento han empleado para…

Simbad se interrumpió.

Súbitamente, un matorral espinoso nació en el suelo, a pocos pasos de distancia, y tendió hacia él sus ramas, armadas con agudas púas de varios centímetros de longitud.

Halyna chilló agudamente. Simbad sacó su pistola y proyectó hacia el arbusto un chorro de llamas, que lo hizo arder instantáneamente.

Pero un segundo después, el arbusto apareció a un metro del mismo sitio donde había estado antes. Sus ramas se estiraron de nuevo hacia Simbad.

El astronauta dio un paso atrás.

—Se están acostumbrando a los efectos hipnóticos del arma —gruñó—. Pero si se les ataca con fuego real…

Sacó una caja de fósforos, encendió uno y lo arrojó al centro del arbusto.

Había podido darse cuenta de que era una planta muy seca. Arrojó varios fósforos más y el arbusto empezó a arder realmente.

Se oyó un agudo gemido. El arbusto se transformó en un Ir'kno, con su forma de tronco marrón, que escapó a toda velocidad por la llanura, dejando tras sí una estela de humo.

Simbad se echó a reír.

—Ahora aprenderá la diferencia que hay entre lo ficticio y lo real —exclamó.

Y reanudó la marcha.

Halyna se emparejó con él. Segundos más tarde, se adentraban en la grieta.

Pero apenas habían dado una docena de pasos, varias de las rocas de los laterales, se transformaron en otros tantos Ir'knos, todos ellos armados con unos artefactos que Simbad tardó un tanto en reconocer.

Eran pistolas ametralladoras, de un tipo anticuadísimo, que ya no se fabricaba desde hacía siglos. Simbad trató de echar mano a su pistola hipnótica, pero uno de los Ir'knos le encañonó con el arma.

—Déjela —ordenó.

Simbad sonrió, mientras Halyna se apretujada contra él temerosamente.

—Es un arma de mentirijillas —calificó.

—¿De veras?

El Ir'kno varió la dirección del cañón y apretó el gatillo.

Se oyó un sonoro tableteo. Las balas chocaron contra las rocas, haciendo saltar esquirlas por todas partes y rebotando luego con agudísimos chillidos.

—¿Se convence? —preguntó el Ir'kno.

Simbad vaciló.

¿Y si él y Halyna estaban siendo objeto de una alucinación hipnótica?

De repente, antes de que pudiera tomar una determinación, algo cayó sobre ellos desde las alturas.

Era una red de finísima malla, de hilos delgadísimos, que les cubrió casi totalmente. Simbad intentó romperla, pero pronto se dio cuenta de que los hilos tenían la consistencia del acero.

Entonces, las imágenes que tenía ante sus ojos empezaron a esfumarse.

Halyna lanzó un gemido y empezó a caer. Simbad intentó sostenerla, pero no pudo. Todo se hizo negro repentinamente.

* * *

Simbad despertó tendido en un lecho no demasiado blando y sin cabezal.

Lo primero que notó fue un ligero dolor en la nuca, debido a la postura. Intentó sentarse, pero entonces advirtió que estaba

sólidamente sujeto a la cama por unas sólidas abrazaderas de metal.

Podía mover la cabeza. Miró a su izquierda y vio a Halyna en análoga postura, sobre una cama idéntica.

Halyna continuaba inconsciente. Puesto que no podía hacer nada por ella, Simbad se dedicó a examinar el lugar en que se hallaban.

Era una habitación no demasiado grande, de forma cupular, pero un tanto rara, ya que las superficies que no pertenecían al suelo, eran facetadas y sumamente pulidas a modo de espejo. La altura era de unos cuatro metros y la anchura del doble.

La luz era difusa, de modo que no dañaba a los ojos, a pesar de reflejarse en los centenares de espejos que componían las caras de aquel singular poliedro. Pero era enloquecedor verse a sí mismo reproducido cientos de veces.

De pronto, Simbad oyó un suspiro.

—Halyna —llamó.

Ella volvió la cabeza.

—¿Dónde estamos? —pregunto. De repente, se dio cuenta de la peculiar disposición de la estancia y exhaló un grito—: ¡Oooohhh…! ¡Me mareo!

—Cierre los ojos un rato —dijo Simbad de buen humor—. Espere hasta que se haya recobrado del todo.

—Sí, sí… La cabeza me da vueltas… ¿Que quieren hacer con nosotros, Simbad?

—Pues eso es lo que a mí también me gustaría saber —respondió él.

—Nos tienen atados.

—Desgraciadamente, así es.

—¿No se le ocurre alguna idea para salir de este apuro?

—¡Qué más quisiera yo! —suspiró el astronauta.

—¿Dónde están sus poderes casi mágicos? —se lamentó ella—. La gente decía…

—La gente siempre es propensa a exagerar, Halyna. Los únicos poderes mágicos que yo he tenido han sido tenacidad para el trabajo, un poco de inteligencia y algunos gramos de suerte. Con esos ingredientes, más algunas gotitas de paciencia, un hombre se puede hacer rico, pero no de la noche a la mañana, como algunos creen; ni tampoco tenía un genio esclavo que me despertaba todos

los días volcando una bolsa de monedas sobre mi cama.

—Eso no responde a mi pregunta, Simbad.

—Eso quiere decir que carezco de los poderes mágicos que usted suponía que tengo. Soy un hombre como los demás, Halyna.

Ella se mordió los labios.

—Entonces, quienes tienen sus poderes mágicos son los Ir'knos.

—Según se mire, sí…

Simbad se interrumpió de repente. Un sector de la pared situada frente a los pies de ellos acababa de abrirse, girando como una puerta común. Una persona entró con la sonrisa en los labios.

El astronauta la reconoció al momento.

—Tut'nol —exclamó.

El Ir'kno sonrió, a la vez que realizaba una ligera inclinación de cabeza:

—Justamente él mismo —confirmó.

CAPÍTULO XII

Halyna forcejeó con sus abrazaderas de metal.

—Suéltenos —pidió.

Tut'nol la miró y sonrió.

—Mi querida señorita Kutter, está pidiéndome algo imposible —contestó.

—Ustedes mataron a Banner, un fiel ayudante mío…

—Lo reconozco, pero piense que se trataba de una escaramuza en esta guerra que sostenemos.

—Ustedes quieren invadimos…

—Algo hay de eso, aunque la frase no es del todo correcta —contestó Tut'nol con acento untuoso—. Pero, por favor, no se excite demasiado, señorita.

Volvió la vista hacia el hombre.

—Llegamos a creer que eras amigo nuestro, Simbad —dijo en tono de reproche.

—No tuvimos demasiadas ocasiones para cimentar esa amistad, Tut'nol. Yo vine aquí, traje unas cosas, recibí otras a cambio… Eso es comercio, no amistad. Y si la hubiera habido, me bastaría con recordar a Banner para romperla en el acto.

Tut'nol se encogió de hombros.

—Puntos de vista, claro. También tú has matado a alguno de los nuestros.

—Legítima defensa —terció Halyna vehementemente.

—Quizá —sonrió Tut'nol—. Pero el caso es que ahora sois nuestros prisioneros.

—Te habrán ascendido de rango por habernos capturado, ¿verdad?

—Así es —reconoció el Ir'kno.

—Bueno, bueno —refunfuñó Simbad—. Dejémonos de pamplinas. ¿Para qué estamos aquí?

—¿Quieres saberlo?

—Por supuesto.

—La respuesta es bien sencilla. Vamos a convertirles a ambos en sendos Ir'knos.

Simbad pegó un tirón a sus ligaduras de metal, tan fuerte, que

las hizo crujir. Halyna lanzó un agudo chillido.

—¡Yo no quiero ser una Ir'kno! ¡Me conformo con ser como soy ahora!

Tut'nol permaneció impasible.

—Eso es una granujada —calificó Simbad.

—No, sino el principio de nuestra gran obra.

—Explícate —pidió Simbad, tuteándolo.

—No va a haber invasión, a pesar de que tenemos muchos agentes esparcidos en las distintos planetas de este sector galáctico, sino conversión, transformación o como quieran llamarlo.

Simbad se quedó atónito.

—¿Quiere decir eso que tenéis el proyecto de transformar a miles de millones de seres humanos en unos Ir'knos como vosotros?

—Exactamente.

—¡Pero eso es una barbaridad!

—Resultará imposible —exclamó Halyna.

Tut'nol sonreía.

—Yo no digo que esto vaya a suceder de la noche a la mañana. Se necesitarán algunos años, por supuesto, pero, al final, todos seréis como nosotros.

—¿Y qué ventajas obtendremos? —preguntó Simbad—. ¿Solamente la de transformarnos a voluntad en el ser u objeto que se nos antoje?

—¿Te parece poco? Si te gusta tu forma actual, no la cambies; pero, dime, ¿no habrá un momento en que se te antoje convertirte en cualquier otra cosa? Un esbelto galgo para correr, o una planta con flores o un murmurante arroyo que bañará los pies de una mujer hermosa…

—Y ella lo notará y se me convertirá en un cardo —masculló el astronauta.

—Eso ya dependerá de la condición de cada cual —contestó Tut'nol—. Pero todos acabaréis siendo como nosotros.

—¿Y cómo piensan hacerlo? —inquirió Halyna.

—Es una operación un tanto compleja, al menos, ahora que estamos en los inicios. Segura, desde luego; no hay porcentaje alguno de error, puesto que ya se han eliminado todos los posibles. Pero más adelante no hará falta operación.

—¿Por qué? —quiso saber Simbad.

—Porque la transformación de humano normal a Ir'kno se hará por «contagio».

—¿Por contagio? —repitió Halyna.

—Exactamente. Y, en el futuro, los hijos que nazcan de parejas humanas, serán ya unos Ir'knos.

—No entiendo cómo se propagará el contagio —dijo Simbad—. Comprendo que de una pareja sometida al tratamiento de transformación puedan nacer hijos ya Ir'knos, pero me parece a mí que ese cambio no puede producirse por simple contagio, como si fuera un catarro.

—¿Y por qué no?

Hubo un momento de silencio.

Simbad creyó comprender.

Se aterró. Los cabellos se le pusieron de punta.

—¿Quieres decir que… estáis trabajando en un virus que propagará esa enfermedad?

Tut'nol movió la cabeza arriba y abajo.

—Los resultados no pueden ser más alentadores, aunque, por ahora, todavía tenemos que recurrir a lo que vosotros llamáis quirófano. Pero dentro de unos años, toda persona contagiada del virus que estamos elaborando aquí se convertirá a los pocos días en un Ir'kno.

Hubo una corta pausa.

Luego, Simbad preguntó:

—Pero ¿que objeto tiene esa transformación colectiva?

—¿Cómo? ¿Acaso no estimas un beneficio ser como nosotros?

—Yo estoy bien como estoy —dijo Halyna.

—Opino igual que ella —manifestó Simbad.

Tut'nol se encogió de hombros.

—Es igual. La decisión ya está tomada. Es más, voy a demostraros que hay quien la ha tomado voluntariamente.

Abrió la puerta e hizo una señal con la mano.

Una hermosa gacela entró caminando apaciblemente. De pronto, se transformó en una bellísima mujer.

—¡Zoina Gal! —exclamó Simbad, en el colmo de la estupefacción.

—La misma—sonrió ella.

Era increíble, pensó Simbad. Zoina… una Ir'kno.

—¿Ya la has sometido a la operación? —preguntó a Tut'nol.

—Sí.

—Pero debe de ser muy rápida, ¿verdad?

—No lo creas. Ha estado tres días en el quirófano.

Halyna lanzó un chillido.

—Entonces, ¿cuántos días hemos estado inconscientes?

—Tres y medio —contestó Tut'nol sonriendo—. Naturalmente se os ha alimentado de forma conveniente; no podéis llegar al quirófano débiles y sin reservas.

—Nos despedazarán —gruñó Simbad.

—Algo hay de eso. Pero también lo hemos hecho con Zoina, y ya ves, su «compostura» no deja nada que desear.

Zoina sonreía satisfecha.

—Me siento una mujer nueva —dijo—. Poder transformarme instantáneamente en lo que yo quiera es una sensación maravillosa.

Tut'nol sonreía complacido.

—¿Lo ves, Simbad? No todos opinan como tú. A algunos les gusta ser un Ir'kno.

—Depende del carácter de cada cual —contestó Simbad hoscamente—. Yo prefiero seguir siendo como soy.

—Lo siento. Tu suerte, y la de tu hermosa acompañante, está ya decidida. ¿Vámonos, Zoina?

—Cuando quieras, Tut'nol.

—¡Esperen un momento! —pidió Simbad.

La pareja se detuvo.

—¿Qué quieres? —preguntó el Ir'kno.

—Hablar un instante con Zoina. ¿Está segura de que ha solicitado esa transformación orgánica sólo por cambiarse a voluntad e instantáneamente en cualquier cosa que se le antoje?

—¡Pues claro que sí! ¿Por qué otro motivo habría pedido ese cambio? —respondió Zoina, un tanto extrañada de la pregunta—. Siempre deseé ser una Ir'kno y ahora he conseguido lo que deseaba.

—Gracias a mí, por supuesto —sonrió Tut'nol—. ¿Algo más?

—Sí —dijo Halyna—. ¿Cuándo va a ser la operación?

—Dentro de muy pocas horas.

La respuesta no puntualizó más. Tut'nol y Zoina salieron, dejando solos a la pareja.

—¿Qué le parece, Simbad?

—¡Hum! —contestó el astronauta.

—¿Sólo se le ocurre decir «¡Hum!»? Si nos convierten en unos Ir'knos, con no cambiar nunca de forma, todo arreglado, ¿no le parece?

—Así parece que debiera ser, Halyna, pero, ¿no se le ha ocurrido pensar en la central de tensión polimórfica?

—Dependeremos de ella, claro…

—Usted lo acaba de decir, Halyna. Todos dependeremos de esa central.

Ella guardó silencio.

Estaba impresionada por aquellas palabras.

—¿Quiere decir… que nos ordenarán lo que debemos hacer?

—Y si no es así, ¿para qué tanto empeño en transformamos? Si yo tuviese la facultad de volver humano a un Ir'kno, no lo haría contra su voluntad. Ellos quieren imponemos sus designios, esa es la diferencia.

—Simbad, a mí no me gustaría depender de nadie —dijo Halyna —. Al menos, en el sentido en que los Ir'knos dependen de su central.

—Eso me pasa a mí también… y voy a ver si puedo evitarlo.

—¿Cómo? Estamos atados… —gimió ella.

—Ya lo sé, pero conozco algunos trucos de contorsionista. No olvide que llevo casi veinte años viajando por la Galaxia y se conocen a muchas gentes y se aprenden muchas cosas.

—¡Veinte años! —exclamó ella, atónita.

—Casi. Empecé a los dieciséis y…

Simbad estaba atado por el pecho y los tobillos. La abrazadera superior mantenía sus brazos pegados a los costados.

Lo primero que hizo fue girar la mitad inferior del cuerpo. De este modo, los pies quedaron en sentido horizontal, con las puntas hacia la derecha. Luego, relajando los músculos cuanto pudo, tiró de la pierna izquierda suavemente hacia arriba.

El pie izquierdo tropezaba con el derecho, pero, al cabo de algunos esfuerzos, quedó fuera de la abrazadera.

—Halyna, fíjese bien en lo que yo hago, pero espere a que haya terminado.

—Está bien, Simbad.

El astronauta sacó el pie derecho. La mitad inferior del cuerpo

quedó libre.

Encogió ambos pies y los apoyó sobre el lecho. Hizo fuerza hacia arriba y empezó a arrastrarse lentamente hacia la cabecera de la cama. Su cabeza y sus hombros quedaron fuera del borde y luego también el tronco. En aquel momento, las manos quedaron libres.

El resto fue ya sencillo. Simbad no tuvo más que dar media vuelta y apoyar las manos en el suelo, para no golpearse con la cabeza.

Instantes después, se hallaba en pie.

Halyna le contempló con admiración.

—A mí no se me habría ocurrido una cosa semejante —dijo.

Simbad sonrió, mientras la ayudaba a sacar los pies de la abrazadera inferior. Luego pasó las manos por debajo de sus sobacos y tiró de ella. Halyna colaboraba empujando con los pies.

Unos minutos más tarde, Halyna se atusaba el cabello con expresión satisfecha.

—Estamos libres —dijo—. ¿Qué hacemos ahora?

—No estamos tan libres como parece. ¿Y la puerta?

Simbad se acercó al lugar por donde habían entrado Tut'nol y Zoina. Pero por más esfuerzos que hizo, no consiguió encontrar el mecanismo de apertura.

Volvió la vista hacia las camas y se dio cuenta de que estaban montadas sobre ruedas, aunque a fin de que no se movieran, estaban sujetas por un freno de mano. Simbad desbloqueó el freno de una de ellas, con objeto de emplearla como ariete.

—Hará mucho ruido —dijo Halyna, que había adivinado sus intenciones.

—Y si no hacemos ruido, no saldremos de aquí, conque…

—Espere un momento. Se me ha ocurrido mía idea.

Halyna giró sobre sus talones y se dirigió al extremo opuesto a la entrada. Examinó una de las facetas de la pared y luego, de repente, la golpeó secamente con el codo.

Se oyó un ruido de vidrios rotos. Un espacio de unos sesenta o setenta centímetros quedó hueco, sin su espejo correspondiente.

Halyna sonrió. Extendió la mano y dijo:

—La puerta está abierta, Simbad.

CAPÍTULO XIII

Simbad corrió hacia el hueco y sacó la cabeza fuera. Lo único que pudo ver fue que se hallaba bajo una inmensa caverna, cuya profundidad bajo la superficie desconocía, pero de momento le era imposible conocer más detalles.

—Tendremos que salir por aquí —dijo. Y en aquel momento, oyó un ruido a sus espaldas.

Se volvió. La puerta acababa de abrirse.

Dos hombres, vestidos de blanco, se disponían a entrar en la habitación. Al ver las camas vacías se quedaron perplejos.

Simbad reaccionó en el acto. Lanzándose hacia adelante, empujó con todas sus fuerzas una de las camillas.

El aparato alcanzó al primero de los individuos y le hizo dar un tremendo salto en el aire. Luego cayó sobre la cama, perneando aparatosamente.

El otro dio un salto para evitar ser atropellado. Simbad efectuó un último impulso y lanzó la cama a través de la puerta con todas sus fuerzas.

La cama salió disparada como un obús. Antes de que el otro individuo se recobrara de la sorpresa, Simbad lo dejó inconsciente de un tremendo derechazo a la mandíbula.

Mientras tanto, la cama continuaba corriendo, favorecida su marcha por un suelo de ligera pendiente. Su «tripulante» lanzaba chillidos de espanto. De súbito, chocó contra una pared.

Se oyó un fuerte golpe. El hombre salió disparado contra el muro, rebotó y cayó al suelo sin sentido.

—Vamos —dijo Simbad, extendiendo la mano hacia Halyna.

Ella no se hizo de rogar. Apenas cruzaron el umbral se vieron en un lugar sumamente extraño.

Parecía un túnel de gran tamaño, pero en forma de espiral, que se hundía suavemente en las entrañas del suelo. Hacia la parte superior, vieron algunas cúpulas similares a la que ellos habían ocupado hasta el momento.

—Por aquí —indicó Halyna.

Simbad meneó la cabeza.

—Nada de eso —contradijo.

—Pero la salida debe de estar hacia arriba…

—Tal vez. Sin embargo, nosotros buscamos la central.

—¿Sin armas?

Simbad sonrió enigmáticamente.

—¿Tiene miedo?

Halyna levantó la barbilla.

—Vamos.

Echaron a correr hacia abajo. Aunque el suelo era liso, pulido, los muros conservaban buena parte de sus rugosidades.

De pronto, se encontraron con una batería de cúpulas facetadas. Simbad se acercó a una de ellas y rompió uno de los trozos de la cúpula.

Había dos personas en sendos lechos, igual que ellos, sólo que estaban alimentándose automáticamente por vía intravenosa. Unos pequeños tanques pendían del techo y por medio de una goma, cuyo extremo estaba introducido en la vena de los pacientes, el líquido alimenticio pasaba a su organismo.

—Están dormidos —murmuró—. No conviene que los toquemos.

Los restantes ocupantes de las cúpulas también dormían. Simbad contó una docena de habitáculos.

—Tenía razón —dijo a Halyna—. Están preparando la invasión, pero no en la forma que habíamos llegado a creer.

—Desde dentro, realizada por nosotros mismos.

—Así es.

Siguieron corriendo. Simbad observó el gran radio de la espiral, cuya pendiente continuaba invariable. De pronto, creyó ver unas sombras a lo lejos.

—Venga aquí —dijo, tirando de uno de los brazos de Halyna.

Se escondieron en una pequeña grieta, apenas suficiente para contenerlos a ambos. Un pequeño vehículo consistente en una plataforma con ruedas y dos asientos, cruzó raudamente por delante de ellos.

El aparato estaba ocupado por dos hombres vestidos de blanco.

—¿Humanos o Ir'knos? —susurró Halyna.

—Médicos —puntualizó—. Pero al servicio de los Ir’knos… si ellos mismo no lo son.

Momentos después, la plataforma había desaparecido.

—Sigamos.

Reanudaron la marcha.

—Esto no parece tener fin —se quejó Halyna.

Simbad no contestó. Todo su interés estaba centrado en un punto: alcanzar el objetivo.

De repente, desembocaron en una especie de plaza, en cuyo centro había una gran cúpula, completamente transparente.

Simbad tiró de Halyna y ambos se situaron detrás de un saliente rocoso, aunque asomándose ligeramente para poder ver lo que sucedía bajo la cúpula.

Era un quirófano.

—Están realizando una transformación —susurró ella.

Simbad asintió.

Veían un completísimo equipo médico: operadores, anestesistas, cardiólogos, enfermeras Simbad se dio cuenta de que en aquel quirófano no faltaba un solo detalle.

Entonces fue cuando se fijó en lo que había sobre la mesa de operaciones.

A su lado, Halyna se puso la mano en la boca.

Simbad se estremeció.

—Eso es lo que quieren hacer con nosotros —gruñó.

El cuerpo humano, que era sometido a una transformación, estaba literalmente hecho pedazos. Simbad se preguntó cómo se arreglaban los médicos para mantener vivas las funciones orgánicas de cada trozo de aquel ser humano.

Pero era una cuestión secundaria. Lo hacían no cabía duda,

Zoina Gal era la mejor prueba de ello.

—Nuestro problema, ahora estriba en seguir adelante, sin ser vistos —dijo al oído de la joven.

Ella asintió.

—El quirófano es transparente. Nos verán —alegó.

Simbad se mordió los labios. ¿Cómo solucionar aquel «impasse»?

El túnel continuaba al otro lado, pero aunque se escurriesen pegados al muro, serían vistos igualmente.

Simbad pensó en cortar la luz, pero la que iluminaba el quirófano llegaba por líneas ocultas. No se veía ni un solo cable aéreo.

Por otra parte, le repugnaba la muerte de un semejante. Y el paciente moriría si los médicos dejaban de trabajar un pequeño

espacio de tiempo.

Halyna le miró ansiosamente. Simbad estaba irresoluto.

De pronto, oyeron un pequeño zumbido.

—Viene alguien —murmulló ella.

Una plataforma rodante apareció en la curva, por la parte de arriba. Estaba ocupada por los mismos individuos vistos antes, con la diferencia de que ahora llevaban en la parte trasera a un hombre dormido.

—Quédese —ordenó Simbad.

Y se lanzó a la carrera al encuentro de la plataforma.

Los tripulantes le miraron sorprendidos. Antes de que pudiera recuperarse, Simbad elevó la mano izquierda, con la palma hacia sí.

El anillo hipnótico hizo sus efectos instantáneamente.

—Paren ese trasto —ordenó.

El vehículo se detuvo inmediatamente. Simbad dio otra orden:

—Retrocedan lentamente.

La carretilla se movió en marcha atrás. Simbad se volvió e hizo un gesto a Halyna.

La muchacha corrió hacia él, pegada al muro.

—Vamos a ponemos las batas —dijo Simbad, sin dejar de caminar tras la carretilla, que continuaba su lenta marcha de retroceso.

Un minuto después, llegaron a un punto desde el cual no se veía el quirófano.

—Paren.

La carretilla se detuvo. Simbad miró a Halyna y sonrió.

—¿Qué le parece la idea? —preguntó.

—Nos verán de todas formas —alegó ella.

—Espere un momento. —Simbad se dirigió a los ocupantes de la carretilla, que permanecían inmóviles—. Bájense y quítense esas batas,

Los dos hombres obedecieron. Sus batas cubrieron bien pronto los cuerpos de Simbad y Halyna.

—Mi pelo… —dijo ella.

—No lo podemos remediar.

Simbad cogió al paciente en brazos y lo quitó de la plataforma, dejándolo en el suelo.

—Suba, Halyna.

El gobierno de la plataforma era bien sencillo. Un pedal para acelerar, otro para frenar y una barra direccional, a la derecha del conductor. Un tercer pedal servía para invertir el sentido de marcha.

—¿Lista, Halyna?

—Sí.

Simbad pisó el acelerador. La plataforma arrancó de inmediato.

El vehículo ganó velocidad. Simbad hundió a fondo el pedal de marcha. Además, la pendiente favorecía la progresión.

Segundos más tarde, avistaron el quirófano. La velocidad de la plataforma, en sí, no era demasiado grande, pero superior a la de un hombre en tres o cuatro veces. Además, el hecho de rodar cuesta abajo aumentaba la rapidez de marcha.

Simbad calculó que rodaban a unos sesenta kilómetros por hora en el momento de desfilar por delante del quirófano. Rostros sorprendidos se volvieron para mirarles.

Alguien gritó. Simbad mantuvo firme el timón del vehículo.

Un segundo después, se adentraban por el túnel y continuaban su descenso hacia las entrañas de la tierra.

* * *

Parecía que aquel viaje no se iba a terminar nunca.

—¿Cree que seguimos el camino correcto? —preguntó Halyna, cinco minutos más tarde.

El resplandor del túnel se había atenuado considerablemente, aunque todavía quedaba la suficiente para ver sin dificultad.

—Si este no es el camino correcto, no sé cuál otro pueda ser —contestó Simbad.

—A mí me da la sensación de que estamos barrenando el planeta y que vamos a aparecer cualquier momento en los antípodas.

Simbad se echó a reír.

—Desde el quirófano hemos recorrido seis o siete kilómetros en sentido longitudinal; creo.

—¿Y en profundidad?

Simbad hizo un gesto ambiguo.

—Teniendo en cuenta la pendiente y el radio de la espiral, yo diría que unos seis o setecientos metros.

—Y ¿a qué distancia de la superficie estábamos cuando escapamos?

—Pregunta usted demasiado y yo no lo sé todo. ¡Mire! —exclamó Simbad de pronto—. Creo que ya hemos llegado.

CAPÍTULO XIV

La luz aumentaba al fondo del túnel. Simbad tocó suavemente el pedal del freno.

El vehículo amenguó su velocidad. Halyna sintió que las palpitaciones de su corazón aumentaban de ritmo.

Poco a poco, el resplandor se hizo más intenso. De repente, Simbad paró el vehículo.

—Caminaremos a pie. Sólo son cien metros.

Se apearon del vehículo. El resplandor era intensísimo, pero no hería la vista.

Lentamente, fueron acercándose a la luz. El silencio era absoluto.

Sólo se oían sus pisadas. Ninguno de los dos se atrevía a hablar.

Momentos después, se detenían en el borde de una colosal rotonda, de suelo transparente. El diámetro de aquel círculo era superior a los trescientos metros.

El techo se elevaba a unos cien sobre el nivel de un suelo absolutamente liso y pulido. La total transparencia del mismo, por otra parte, permitía ver lo que había debajo.

—¿Esto es… la central? —murmuró Halyna, anonadada por lo que estaba viendo.

Simbad asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Así lo creo —contestó.

Sólo un accidente rompía la total lisura del pavimento transparente: un tubo, también transparente, que partía de su centro y se perdía en la cúpula rocosa.

Dentro de aquel tubo pudieron ver otros varios, algunos de ellos transparentes, otros opacos, y todos de distintos colores. El grosor del tubo grande no bajaba de los dos metros.

Debajo del suelo transparente había un ser.

Aquello no era una máquina, dedujo Simbad. Era un ser viviente, pero inmóvil.

Flotaba en un líquido amarillento, pero muy claro y también transparente. Gotas de otro líquido, desconocido para Simbad, caían de uno de los tubos delgados con un ritmo regular, y provocaban leves círculos concéntricos que se movían lentamente hacia el borde

del colosal estanque.

Otros tubos se introducían en el líquido. Simbad y Halyna pudieron ver burbujas que ascendían lentamente en el interior de los tubos.

En cuanto a los tubos opacos, una vez dentro de la cubierta, se subdividían en infinidad de ramificaciones de color rojo oscuro, que iban a parar a distintos puntos del ser que flotaba en el líquido.

Aquel ser no tenía ninguna forma especial; era, simplemente, un glóbulo gigantesco que ocupaba casi todo el ámbito del estanque.

Simbad calculó la profundidad en cincuenta o más metros. Y no tardó en conocer el objeto de los tubos.

—El tubo que gotea es el portador de alimentos. Otros expulsan los desechos —dijo.

—¿Y los tubos opacos?

—Transmiten al exterior sus impulsos nerviosos.

—*Exactamente, así es.*

Halyna se estremeció.

—¿Qué ha dicho, Simbad? —preguntó.

—*Si, yo he sido* —confirmó el ser que flotaba en el líquido transparente.

—*Sí, YO HE SIDO* —confirmó el ser que flotaba en el líquido transparente.

—Eres el ser que gobierna a todos los Ir'knos, ¿verdad? —preguntó Simbad.

—*En efecto. Si no fuera por mí, ellos carecerían de sus propiedades polimórficas.*

* * *

Estupefacta, Halyna se percató de que, aunque oía perfectamente la voz del ser, no percibía, en cambio, el menor sonido.

—Nos está hablando mentalmente —susurró.

Simbad asintió.

—¿Qué pretendes? —preguntó al ser.

—*¿Yo?* —Pareció que el inmenso glóbulo reía silenciosamente —. *No pretendo nada. Lo que quiero es que me dejen en paz.*

Los dos jóvenes se sobresaltaron.

—¿Dices la verdad? —inquirió Simbad.

—*Sí. No quiero seguir prestándome más a este infame juego.*

—De modo que en lugar de mandar, obedeces.

—*Sí. Yo emito ondas que permiten a todos los Ir'knos cambiar de forma a voluntad y dondequiera que estén. Sin mí, ellos no serán nada. Unos seres corrientes, con una forma muy distinta a la vuestra y unos medios de vida muy precarios, pero suficientes para su existencia.*

—Bien —dijo Simbad—, pero debe de haber algún medio para que recobres tu independencia.

—*Sólo uno* —contestó el ser globular.

—¿Cuál? —preguntó Halyna.

—*Romped el tubo central, será suficiente.*

Simbad y Halyna cruzaron una mirada.

—¿Qué pasará? —quiso saber el primero.

—*Dejaré de existir.*

—Eres un ser vivo. No puedo matarte.

—*Entonces, permitirás que un día los Ir'knos te conviertan en uno de ellos. Y lo mismo sucederá con millares de millones de personas.*

Simbad se estremeció.

—¿No hay otro medio de evitar eso que me anuncias? —preguntó.

—*Poseo una inmensa sabiduría, pero yo no lo conozco.*

—Un momento —dijo Halyna—. ¿Cómo te formaste?

—*Soy el resultado de la concentración de miles y miles de cerebros de Ir'knos. Sus cuerpos desaparecieron; sólo quedaron sus mentes, unidas en una sola.*

—¿Lo hiciste tú?

—*Digamos que a medias. Los primeros Ir'knos que me ayudaron eran buenos; solamente pretendían mejorar su existencia; pero, después, con el transcurso de los años, vinieron otros que empezaron a pensar de distinta manera.*

—¿Y no puedes influir en sus decisiones? —preguntó Simbad.

—*Sólo facilito el flujo enérgico para sus transformaciones polimórficas.*

Simbad hizo un gesto de asentimiento.

—Por lo demás, eres dominado por unos cuantos Ir'knos sin escrúpulos.

—*Así es. Y por dicha razón no quiero que sigan adelante con sus*

planes. Nosotros siempre fuimos polimórficos, aunque en el principio la transformación se llevaba a cabo con notable lentitud. A veces, se tardaban horas enteras en el cambio.

—¿Y…?

—*Más adelante, logramos, por nuestros propios medios, abreviar el tiempo de ese proceso. Lo necesitábamos para sobrevivir. Después, con la ayuda de otros seres de vuestra figura, se construyeron estas instalaciones. Yo era entonces el ir'kno de mayor potencia mental y fui elegido y acepté.*

—Y el poder ha corrompido a quienes lo manejan —opinó Simbad.

—*Justamente* —corroboró el ser—. *Cada habitante de la galaxia debe vivir con la forma obtenida en el momento de su nacimiento; incluso, si cambiara, sería por su propio deseo, pero no para imponer su voluntad a los demás; y lo que pretenden Tut'nol y su cohorte de seguidores es dominar a todos los demás.*

—Empleándote a ti como vehículo mental para sojuzgar a los otros, alucinados por el falso brillo de la propiedad del polimorfismo.

—*Sí. Porque me obligarían a seguir sus instrucciones y no podría hacer otra cosa que obedecerles. ¡Rompe el tubo, te lo ruego!*

Simbad vaciló.

—Una pregunta todavía —rogó.

—*Dime.*

—¿Cómo podrían Tut'nol y los demás obligarte a obedecerles?

—*Mira a tu izquierda.*

Simbad y Halyna movieron la cabeza. A unos treinta pasos de distancia, vieron una placa metálica incrustada en la pared, con el aspecto exterior de una puerta de grandes dimensiones.

—*Abre esa puerta.*

Simbad obedeció.

Al otro lado había una especie de consola de mando, con instrumentos que le resultaron desconocidos.

Algo parecido a unos micrófonos surgían de la consola. Cada micrófono disponía de un casco con auriculares, yacente sobre la consola en aquellos momentos.

—*Ése es el aparato que les sirve para darme órdenes. Y yo no puedo cortar por mi voluntad el aflujo de energía para la tensión polimórfica.*

Simbad se volvió hacia la joven.

—Tenemos que hacer lo que él nos pide —dijo.

—Tut'nol y su pandilla nos dominarían a todos en el transcurso de unos cuantos años —vaticinó.

Halyna hizo un signo afirmativo.

—*Justamente* —corroboró el ser.

—Bien —dijo Simbad—. Vamos a ver cómo rompemos el tubo.

—Parece muy fuerte. ¿Qué herramientas tienes?

Simbad contempló el anillo hipnótico.

—Es todo lo que me queda —dijo tristemente.

—¿No tienes algún explosivo en los tacones de tus zapatos? ¿O un pañuelo que al frotarlo se vuelve incandescente?

Simbad emitió una risa sarcástica.

—Tú ves en la televisión demasiadas películas de espías. ¿Crees que Tut'nol es tonto? Sólo me dejó con lo puesto… y el anillo, no sé por qué, la verdad.

De pronto, Halyna señaló la carretilla.

—¡Ahí tienes la herramienta! —exclamó.

El astronauta meditó un instante.

—Bien, vamos a intentarlo.

—Saca la palanca de dirección…

—No. Lo haré de otra forma.

Simbad se dirigió hacia la carretilla. Halyna le siguió a pocos pasos de distancia.

Súbitamente, Halyna lanzó un agudo grito:

—¡Simbad, viene Tut'nol!

El joven volvió la cabeza.

Tripulando una carretilla, Tut'nol, acompañado por Zoina, se dirigía al recinto con gran rapidez.

Zoina gritaba agudamente. Las facciones de Tut'nol aparecían contraídas por la rabia más profunda.

—¡Sube, Halyna!

La muchacha no se hizo de rogar. Simbad se situó en el asiento del conductor y lanzó el vehículo hacia adelante a toda velocidad.

Enfiló la carretilla hacia el tubo.

Sonaron unos gritos de rabia. Halyna se volvió en su asiento.

—¡Cuidado, Simbad! —advirtió.

Tut'nol se había transformado en un enorme pajarraco, que

aleteaba con todas sus fuerzas en dirección a la pareja. Simbad paró la carretilla y saltó al suelo, revolviéndose en el acto.

Elevó la mano izquierda. Tut'nol se convirtió en el acto en una inofensiva gallina.

—Sigue, Halyna —ordenó—. Golpea lateralmente el tubo.

Halyna arrancó. Simbad asestó a la gallina un tremendo puntapié y la lanzó a varios metros de distancia.

Pero en el mismo momento, Zoina se transformó en un aterrador tigre bicéfalo, que se arrojó contra Simbad, dando enormes saltos.

Simbad intentó utilizar su anillo hipnótico. Zoina resistió y continuó sus saltos.

En aquel instante, se oyó un tremendo crujido.

El choque se había producido. Halyna saltó despedida del asiento y rodó por el suelo.

Saltaron trozos de vidrio por todas partes. El suelo empezó a agrietarse.

Zoina detuvo sus saltos. Asustada, intentó una nueva transformación.

Quiso recuperar su forma original. Aparecieron su cabeza y sus hombros y el busto, hasta la cintura.

Pero el resto del cuerpo seguía siendo el de un tigre octópodo.

Se oyó un terrible crujido. El suelo empezó a ceder.

Simbad volvió la cabeza, Halyna, incorporada, corría en busca de la salvación, fuera del pavimento transparente.

Ya no debía preocuparse por ella. Zoina, medio mujer, medio tigre, chillaba horriblemente.

Sufría de un modo espantoso y se revolcaba por el suelo, presa de agudísimos dolores, producidos por una transformación interrumpida a la mitad.

Simbad corrió velozmente. El ser había muerto. Ya no había forma humana de salvar a Zoina.

El suelo se hundió de pronto con gran estrépito. Lanzando un último alarido de terror, Zoina se sumergió en el líquido del estanque y chocó contra la masa gelatinosa que ya flotaba en su interior.

Tut'nol, inconsciente, cayó también. Sus cuerpos empezaron a disolverse rápidamente.

Momentos después, habían desaparecido.

Simbad y Halyna se reunieron en la entrada de la rotonda.

—Es el fin —dijo él.

Halyna contestó afirmativamente. Entonces, oyeron una voz distante que les daba las gracias.

—Podéis marcharos tranquilamente. El peligro ha desaparecido. Ahora, los ir'knos podrán transformarse a su voluntad, pero sólo en su propio mundo. Fuera de él, sucederá como antes, mantendrán una forma fija e inmutable, que no podrán variar mientras no se encuentren de nuevo en Ir'ktar.

* * *

—¡Simbad ha vuelto!

—¡Viva Simbad!

—¡Viva el magnífico y opulento Simbad!

—¡Simbad está de nuevo con nosotros!

El ruido y el jolgorio eran inenarrables. Los invitados de Simbad aclamaban constantemente a su anfitrión.

Simbad, en la cabecera de la mesa, sonreía a todos.

A su derecha, sin embargo, había un asiento vacío.

—Te falta un invitado —dijo una hermosa mujer, devorándole con la mirada.

—¿Es para mí ese asiento? —preguntó una opulenta rubia, enjoyada de pies a cabeza.

Simbad seguía sonriendo.

De pronto, se oyó un fuerte alboroto en el exterior.

—Simbad, no nos des otro susto como la vez anterior —gritó uno de los invitados.

Cuatro robustos criados entraron trayendo en vilo a una mujer, que chillaba y pataleaba frenéticamente.

—Déjenme… no quiero entrar ahí… Suéltenme…

Simbad alzó la mano.

—Suéltenla —ordenó.

Halyna quedó suspendida en el aire. Simbad volvió a mover la mano y Halyna se desplazó, hasta quedar sentada a su lado.

—Ocupa el asiento que te corresponde —dijo él..

—Eres un traidor. Una vez estuve en una de tus orgías, pero lo hice por obligación…

—Esto no es una orgia, querida —contestó Simbad.

Halyna se soltó el cinturón antigravitario y lo arrojó a un lado.

—Lo controlabas por radio —dijo.

—Sí —admitió él, sonriente.

—Me voy a ir…

—Tú te quedas. Si te marchas, ¿cómo voy a anunciar mi compromiso matrimonial contigo?

—Pero… pero…

Simbad se inclinó hacia Halyna.

—Se acabaron las aventuras —dijo en tono persuasivo.

Ella dulcificó su expresión.

—¿Me lo prometes?

—Prometido —contestó él, levantando su mano derecha.

Luego se puso en pie y anunció su próxima boda con Halyna.

Sonaron gritos y aplausos. Los músicos tocaron una marcha triunfal.

Entraron las bailarinas y los acróbatas. Los criados empezaron a servir costosos y sabrosísimos platos.

Simbad cogió la mano de Halyna.

—Pobres —murmuró—. No saben la que se les espera.

Halyna sonrió maliciosamente.

—Poco se pueden imaginar que somos Ir'knos, ¿verdad?

—En efecto. —Simbad rodeó sus hombros con el brazo derecho y la atrajo hacia sí—. Pero nosotros pretendemos la paz. No queremos dominar a nadie como no sea por medio de la persuasión y el amor.

Ella meneó la cabeza.

—En cuanto a mí, me encuentro muy a gusto con esta forma —dijo—. No la cambiaré jamás.

—Piensas igual que yo, querida.

—Claro. La mujer y el esposo deben tener siempre las mismas opiniones.

—Y no volveremos nunca a Ir'ktar.

—Nunca, cariño.

—Nos costó mucho engañar a Tut'nol y a su banda de desaprensivos, pero al fin lo conseguimos.

—Simbad, ¿por qué no empezamos ya a olvidar lo que pasó?

Simbad miró a la joven y sonrió.

—Empecemos desde ahora mismo —accedió.

FIN

Próximo Número:

HOMBRES DEL SILENCIO

POR

CARLI DI PIETRO

No creía en la pretendida invasión...

pero había visto con sus propios ojos
la nave extraterrestre...

Y, sin embargo, eran oriundos
de nuestro mismo planeta.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.

6
TIROS

SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN

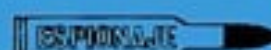


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

